

San José, Costa Rica 1926 Sábado 16 de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

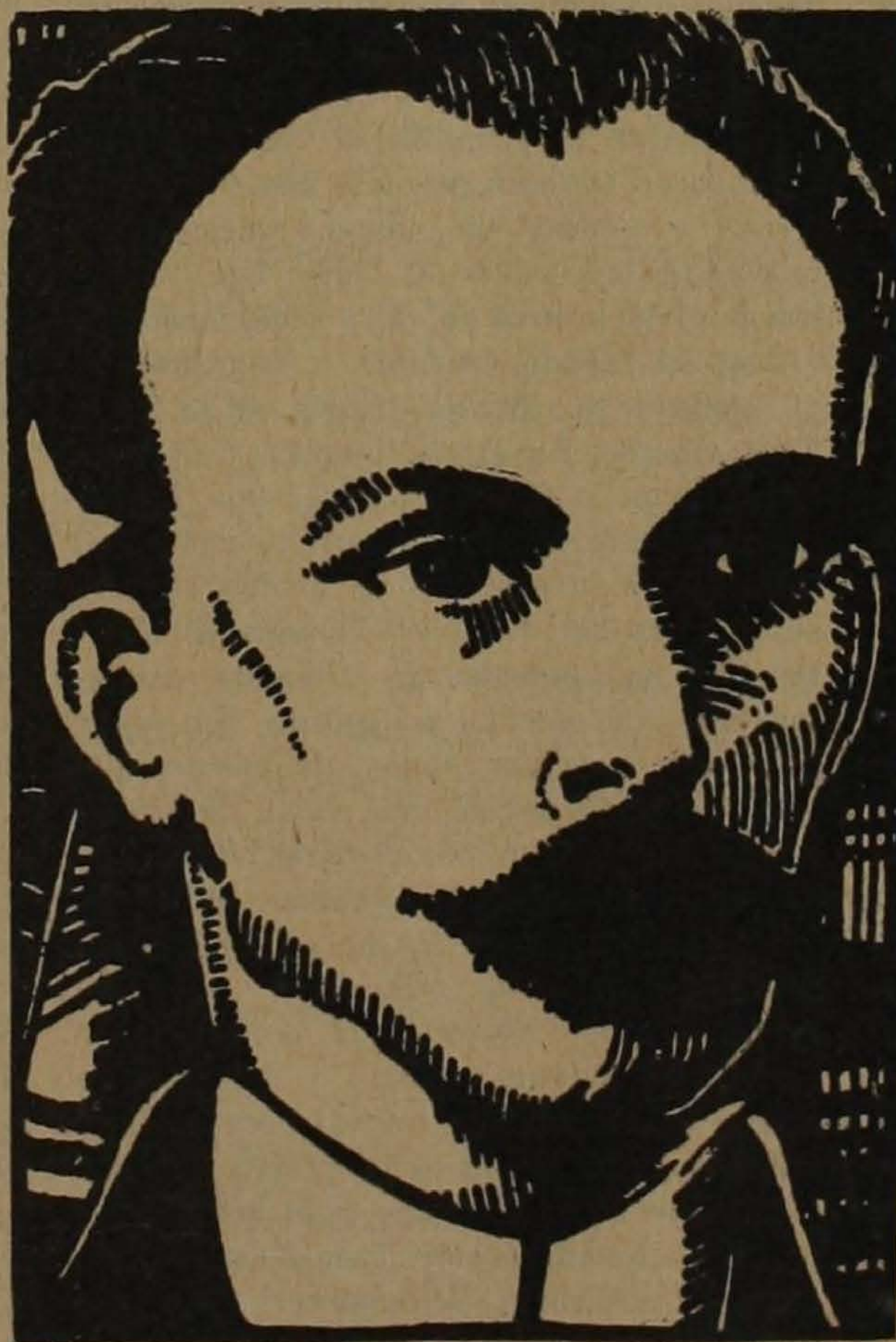
**SUMARIO:** *Un sembrador de estrellas*, por José de la Luz León.—*Ritmo de felicidad*, por Max Jiménez.—*Telegrama de Soto Hall*.—*Habla el señor Dromundo*.—*Historia y patriotismo*, por Daniel Cosío Villegas.—*Señas de escritores*.—*La muerte de Adonis*, por Penthesilea.—*Ibero-americanismo positivo*, por Rafael Cardona.—*La pena de muerte en Italia*, por Rómulo Tovar.—*Página lírica de María Monvel*.—*Armando Zegri y «Recogimiento»*.

## Un sembrador de estrellas

(Ensayo sobre José Martí)

—De Alfar. La Coruña, España—

CREO que al hablar del inmortal hijo de Cuba, lo primero que debe hacerse es señalar su entrañado americanismo. Aunque esto nos sea en cierto modo doloroso a los cubanos, nuestro Apóstol, si muy nuestro por Apóstol y por mártir, es de todo el Continente por su ideología y por la potencialidad de su genio. No es que renunciemos a su vasta gloria. Es que su gloria no nos cabe en la acotación de nuestras fronteras vernáculas. «Escritor original y pensador americano», lo llamó la pluma insigne de Bartolomé Mitre. «Esta es su tierra—se escribía en México en una de las recaladas que allí hizo Martí—porque él no es de Cuba nada más: es de América». Martí por su parte escribía sobre México: «viví en esta tierra y fui en ella tan amado, como soy para ella amante». Al salir de Venezuela camino de las playas del Norte, antes de darse todo entero a la obra de hacer libre a su patria, el pensamiento de América volvía de nuevo a asaltarle: «De América soy hijo: a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación ingente me consagro, esta es la cuna; y no hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo». Ya en el pórtico de la tragedia en que habría de inmolarsé por su pueblo, pensaba todavía en los pueblos infelices de América: «De Santo Domingo—escribía a Federico Henríquez Carvajal—¿por qué no he de hablarle? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Y yo qué soy y quién ¡me fija suelo?» Luego añade: «Yo obedezco y aún diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego



andino». Por doquier y en los momentos más patéticos de su vida es el mismo grito de amor hacia las patrias de la gran patria-América. Y es que, utilizando uno de sus símiles, de él puede afirmarse que «sentía con entrañas de nación o de humanidad». El destino histórico lo situó en Cuba, que era la última esclava por redimir. Romántico a lo Byron, tan generoso como Bolívar, e igual en valor a Lafayette, se habría batido como un león por cualquier otro pueblo—como un león con alma nazarena.

No pudo ser el Libertador, aunque la Li-

bertad fué su Tabor y su Gólgota. Pero fué el Renovador. Y el Prosador, el Prosador no igualado de América. ¿No es de lamentar que todavía no se haya hecho una exégesis que marque y puntalice todo lo que a este escritor debe la prosa del Continente? Rubén, frecuentó su trato, lo amó con pasión, lo exaltó con largueza. Le faltó quizá tiempo para el estudio metodizado que Martí merecía, y al que él, Darío, estaba obligado más que nadie, por lo mucho que en su prosa influyó la del artista cubano. Hubiera podido realizarlo más tarde Rodó, pero algo íntimo y fundamental separaba a estos espíritus, no obstante tan semejantes en algunos aspectos externos. Rodó, en efecto, fué hombre de cátedra, de gabinete. Martí nació para el Agora y el Foro. Rodó proclamaba: «la acción vale como parodia del ensueño». (Prólogo de *Prosas Profanas*): Martí sostenía: «al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo». (T. IV de las *Obras* de Martí, publicadas por Gonzalo de Quesada). Ha debido y ha podido hacerse más tarde esa labor. Y no sólo nadie ha querido acometerla en América, sino que se ha dado la anomalía de que en las reediciones que de las obras de Martí se han hecho y se hacen actualmente en Europa, en Madrid y en París, se ha comenzado por donde ha debido terminarse, o por donde nunca debieron hurgar las manos de los recopiladores, esto es, por la parte poética de la obra martiniana. Era hacadero ofrecer al gran público, como una faceta más de aquella alma poliédrica, pero solamente como añadido, como algo adjetivo y ornamental, los versos de Martí, nunca presentarlos como lo sustancial y primigenio de su obra. Era preciso, primero, captar al lector europeo con las iridiscencias de su verbo rumoroso y oceánico, imponer al prosista con sólo exponer las rocas macizas de sus párrafos,



donde uno no sabe qué admirar más, si la audacia ciclópica de las metáforas o lo imprevisto y novedoso de las ideas. Su prosa es sencillamente única. Y no es posible definirla más que recordando sus propias palabras al hablar del poema del Niágara de Pérez Bonalde: «hay ola y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe, pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por de contado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien cuñado, acicalado; mas no se pondrá como otros, frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a brillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas; sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencia. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aroma. El verso por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume». Todo eso dicho sobre el verso, ¿no es superior a la mejor estrofa? Y así es invariablemente su prosa. Habría sido fácil, después de *descubrir* al prosista, hacer amar al poeta, que si alguna vez es sublime, lo debe a que el pensador, el prosador, es siempre genial. La mano que redacta estas líneas quebraría la pluma antes de ir a buscar en los versos del poeta los desfallecimientos, las puerilidades que pueda haber en ellos. Quédesese esa labor, que ha de hacerse, que debe hacerse, para los que vitalmente deban menos a su memoria.

¡Pero qué dolor el nuestro, los que nacimos bajo el signo de su estrella y crecimos en la adoración de Martí, cuando hemos visto en la capital de España el primer tomo de sus obras completas—todo verso—ostentando un título y una alegoría revolucionarios!... Martí, que iba a la guerra inflamado de amor, que supo morir pero no aprendió a matar, que en el enemigo veía un hermano, y en el amigo un hijo, Martí que decía: «no hemos de olvidar que si los españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida», ¡asomándose a la posteridad bajo el claror ígneo de la tea bélica!... El no esperaba recompensa de los hombres, pero no podía recelar esta ironía de la posteridad.

## II

Sin embargo, ya que ganó prioridad el poeta sobre el prosista inimitable, parecía justo utilizar la ocasión para insinuar, si no para acometer decididamente el empeño, la necesidad que va siendo urgente de ahondar con intención constructiva, analítica, en la formación cultural de Martí y en la vida humana, transitoria, del hombre. Los materiales poéticos que se han lanzado al mercado, brindaban la oportunidad, y eso los hubiera justificado, o disculpado. ¿Cuáles libros leía Martí con devoción? ¿Qué autores prefería? ¿Dónde las fuentes que calmaban su sed de Belleza? Había en él algo

de Castelar, de Hugo, de Gautier, de Musset, de los Goncourt. Pero no se advierte el *pastiche*. No se marca la huella firme y exacta de ningún espíritu ni de ninguna estética. El sabor original de su técnica, la riqueza cromática de su paleta, el rigor de sus imágenes, la frescura del giro, la *atmósfera* de su estilo, en suma, que de un modo tan indubitable nos prueba que sus conocimientos literarios eran universales, más ha de servirnos de acicate y estímulo para una noble curiosidad intelectual, que de estancamiento perezoso para una cómoda y desdeñosa admiración.

No se empañaría ni disminuiría el valor de la obra total de Martí, sino al revés ganaría en relieve y en hondura psicológica, si un espíritu erudito, amoroso, paciente, espulgara en la vida del hombre, en sus lecturas habituales, en sus gustos cotidianos, hasta mejor destacar el símbolo augusto de su legado artístico, hasta darnos toda la vibración de humanidad que hay en esa herencia, y hacérsola querer más si posible por las resonancias de realidad que hay en ella. Algunos escritores desaparecen apenas se establece el paralelismo entre su vida y su obra. Tipo, Chateaubriand, (De ahí lo peligroso en estos casos de atenerse a la letra de la definición de Sainte-Beuve: «rattacher l'écrivain par tous les cotés a la terre», y aplicar sin ninguna medida las teorías de la escuela de Taine, que derivaron en el imperativo del *documento humano*). Otros, en cambio, iluminan y engrandecen y explican su obra a través de la vida. Tipo, Goethe. En Martí, hombre y producción van de la mano. El posee una envergadura que resiste toda investigación. ¿Qué sabemos de su paso por el mundo, aparte sus dolores de presidiario, sus ansias libertadoras, sus angustias de proscrito, sus inquietudes de patriota sin patria? Sin duda tuvo, dentro de sus penas de mártir, alegrías de hombre. Sin duda cupo, dentro de su amor apostólico por el ideal máximo de su existencia, algún bello amor de mujer que le dió aliento en las horas sombrías. Y sobre todo eso la admiración ciega ha echado un velo espeso, y la nota ditirámica ahoga el rumor suave y humilde de cuanto no encarna su trágico vivir de agitador errante. Tenemos la reseña de una vida. Y lo que anhelamos es el historial de un alma. ¡Nosotros que deseáramos amarlo hasta en sus caídas de hombre!

## III

Uno de los capítulos más sugerentes de la existencia de José Martí, y que está íntegramente por hacer es el que se refiere a la mujer. ¿Cómo han podido olvidarlo los compiladores de su obra? Esta obra está llena de perfume de mujer. La mujer pasa por esas páginas como un hálito místico. Sentimos su presencia aun en los momentos más dramáticos de su apostolado. Todo prueba que su alma lloraba la nostalgia de algún amor roto, quedando trunco a la vuelta de Dios sabe qué áspero sendero de

amargura. Se cuenta que la *Niña de Guatemala* perdió la paz y hasta la vida por haberlo adorado en silencio. ¡Si nos fuera dable también conocer los nombres de las que añadieron inquietud y zozobra a su infatigable corazón! ¿Para maldecirlas? ¿Para bendecirlas? Para inmortalizarlas, en todo caso. ¿No conocemos, o poco menos, la galería de las amadas de Bolívar, Josefina, Isabel, Luisa Crober, Manuelita Madroño, Fanny de Villars, «la mujer mundana, de más cerebro que corazón, sutil y encantadora»? («Pensar en Bolívar, decía en un discurso el propio Martí, asomarse a su vida, leerlo en una arenga, «verlo deshecho y jadeante en una carta de amores», es como sentirse orlado de oro el pensamiento». Y qué unción, qué gozo admirativo en los labios de Martí siempre que se refiere a esos aspectos de la vida del Libertador: «cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura»).

Una sombra de mujer marchó a su lado junto a la otra musa lejana y triste de la patria cautiva. «Gran fortuna esta de ser llorado por mujeres», decía. Y: «sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre». «¿Ni cuál es la fuerza de la vida y su única raíz sino el amor de la mujer?» La taladrante obsesión no se aparta de su pluma: «¿Quién que ve un vaso roto o un edificio en ruina, o una palma caída, no piensa en las viudas?» «Leyeron sus versos las mujeres... feliz destino de los versos!» «En la mujer, como que es la hermosura mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu». Y otra vez: «sólo el dolor de ver a nuestras mujeres indiferentes a las noblezas del espíritu, iguala al goce, casi perfecto, de verlas padecer y conmovirse a nuestro lado». A una amiga escribía: «Ustedes nos hacen y nos deshacen. Nadie pregunte el secreto de tanta existencia frustrada». Y hablando del general Grant hacía esta observación: «se enamora intensamente, que es signo de personalidad. Se casa joven, que es signo de nobleza». Evocando las ternuras del hogar, o suspirando por ellas, escribe en una carta a su hermana Amelia: «Para ser dichoso es sólo necesario—aun en las tormentas más recias de la fortuna—sentirse amado, encalorado, acompañado, bien cuidado, bien envuelto por alguien. Pero este bien no se obtiene sino ocasionando otro semejante. Nadie se dará jamás sino a quien se dé a él. E irresistiblemente, cuando una criatura se siente con la dulce dueñez de otra, se vuelve a ella, como cordero a su madre, cuando llueve o nieva, y se refugia en ella. Tú eres abierta, sincera, caliente de corazón, caritativa, pura, generosa. Quien no lo es, es odioso, cualesquiera que sean sus galas de inteligencia y de hermosura. Y si la falta de todas esas buenas cualidades es lamentable en el hombre, en la mujer, que creemos urna y hogar natural de ellas, es abominable».



IV

Sería [citar a todo Martí — al prosador tanto como al poeta—seguir las huellas de mujer que hay en sus escritos. Dejemos a investigadores de un futuro que no hay ya razón para alargar indefinidamente, la tarea minuciosa de sondear en lo sentimental y pasional de la vida del maestro, tan rica y varia en matices, y en la cual, por grande que fuera la porción de humanidad que entrara en ella, no se encontrarían lunares ni fealdades. «Dans une grande âme tout est grant», según la fuerte sentencia pascaliana. «Son gigantes los hijos de un corazón gigante», decía Gracián. La obra y el nombre de Martí pueden afrontar los embates de la búsqueda y del tiempo; en toda época su escudo ostentaría con igual acento de verdad estas palabras que él mismo escribiera de otro gran cubano (Don José de la Luz y Caballero), palabras dignas de la vida perdurable y radiosa del mármol: «Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad cuando era indispensable defenderla. No escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto sabía en su época, pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres».

Martí, además, sembró estrellas entre los hombres.

J. DE LA LUZ LEÓN

Consulado de Cuba  
en La Coruña, España.  
1926.

## Ritmo de la felicidad

DEFINIDOS deseos para el futuro, ideas que concebidas hoy tratan de formarnos norma de conducta para la vida, sólo son infelices rebeliones contra lo inevitable: el destino.

Marca, invariablemente, el ritmo del universo su cruel derrotero, sin detenerse un solo instante, cuidándose bien poco de que este valle lo llamemos de lágrimas, indiferente a las pobres almas que han perdido su órbita; lejos de la perfecta armonía que habrá de existir para el sostén del todo.

Nadie en la tierra siente perfección, en cuanto reza felicidad. Aportan los primeros conocimientos miedos al más allá y la muerte que no puede resolver la sabiduría, igual terror es para todos.

Conscientes de que la vida es inútil y conocedores de causas que motivan profundos ayes, nos hacemos cómplices del perpetuo devenir.

¿Serán estos días en la vida, de prueba? ¿Preparación de otra existencia? ¿Es el destino látigo que acentúa la crudeza de estos lares para darnos a gustar allá... mucho más allá, el ritmo, el que todos ambicionamos, el ritmo de la felicidad?

MAX. JIMÉNEZ

San José, Costa Rica,  
octubre de 1926.

# Telegrama

## La Prensa de Buenos Aires saluda al periodismo costarricense

Depositado en San Salvador el 11 de octubre de 1926 a las 11 a. m.  
Recibido en San José el 12 de octubre a las 19 horas.

A Joaquín García Monge

En momentos de embarcarme para ésa, por el digno medio de Ud., líder de la cultura hispanoamericana, envío al periodismo costarricense un fraternal saludo en nombre del diario La Prensa de Buenos Aires y el mío propio.

MÁXIMO SOTO HALL

Soto Hall es una personalidad muy conocida en Costa Rica. Vivió algunos años con nosotros. Su nombre está inscrito con caracteres propios y muy honrosos en los anales literarios de esta comarca.

Correspondemos a su generoso saludo. Cordialmente le damos la bienvenida. Sabemos a qué viene; le ayudaremos con entusiasmo.

Todos los que en esta patria están interesados—y ya son muchos—porque crezcan las relaciones espirituales hispano-americanas, le tenderán ambas manos a Soto Hall y lo secundarán en sus nobles propósitos.

Con Soto Hall llega a nuestras playas La Prensa de Buenos Aires, el gran diario de nuestra América. La Prensa es «intérprete y defensor de la raza y de la cultura hispanoamericanas». Es un diario fiel al espíritu que animó a los próceres del Continente en la memorable empresa emancipadora. El ideal americanista en La Prensa tiene su más poderoso motor. Soto Hall no llega a nuestras playas como guatemalteco, ni como centroamericano; llega como americano. Con esta honrosa credencial se presentó también al Congreso de Periodistas reunido no ha mucho en Wáshington. Soto Hall llega a nosotros en representación de La Prensa, con el ánimo de unificar el criterio periodístico hispanoamericano. Es un vinculador el que llega, un aproximador de intereses espirituales. La Prensa anhela crear corrientes de opinión interamericanas, para bien de estas patrias y defensa de sus más sagrados intereses.

Responda Costa Rica cordial y satisfactoriamente al llamamiento de La Prensa. Así lo anhelamos para su mayor prestigio.

Quien habla de la prensa en su género, Rica. Su larga

### Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

#### FABRICA

##### CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

##### SIROPES

##### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA



# Habla el señor Dromundo

México, a 6 de julio  
de 1926

Sr. Dn. Joaquín García-Monge.  
Director del REPERTORIO AMERICANO  
San José, Costa Rica.

Estimable señor Director:

Doy a usted las gracias por su amabilidad al mandarme los ejemplares últimos de su Semanario, y quiero suplicarle, abusando de su atención, se sirva dar orden de que se publique la carta que va adjunta dirigida al Señor Leopoldo Lugones en contestación a la en que me aludía en el número 22 del REPERTORIO. Con ello me prestará usted un favor que aumentará la suma de los que ya le debo. Seguramente será ésta la última vez que le distraigo con mis letras al margen de tal asunto que con la mencionada réplica doy por terminado.

Su afmo. amigo y servidor,

BALTASAR DROMUNDO

México, a 5 de julio de 1926

Al Sr. Dn. Leopoldo Lugones.  
Buenos Aires

República Argentina

Muy señor mío:

En contestación a su atentísima de fecha 22 de abril, y que acaba de aparecer en el REPERTORIO, deseo manifestar lo siguiente:

Dice usted que «la solidaridad americana es solo una fantasía literaria». No piensan lo mismo Dn. José Vasconcelos, Romain Rolland, Alfredo L. Palacios, Gabriela Mistral y Víctor Raúl Haya de la Torre. ¿Qué más podemos desear, los que por esa idea trabajamos? Y las pruebas más recientes de que tal movimiento noble existe en la conciencia de la juventud del Continente, está en las protestas que de todas partes llovían cuando, por una ironía del destino y una torpeza de los hombres, fué encarcelado aquí nuestro camarada Julio Antonio Mella. Eso prueba, repito, que en América, desde el Bravo hasta el extremo sur de Argentina se tiene conciencia del peligro común, y que tal sentimiento nos une cada día más y nos fortifica, no obstante los dictadorzuelos y los prevaricadores... ¡Y no pasará mucho tiempo sin que, tanto usted como algunos otros señores que como usted piensan, vean que todas las Repúblicas de América, a la vez, se dan la mano y se ponen de pie! Y por tal cosa tan bella, tan profundamente humana, bien vale la pena que sigamos adelante sin pensar en los que se quedan atrás con el objeto de crearnos obstáculos...

Respecto a «la imposible democratización de América» que usted profetiza, no es más que una repetición, en cierto modo, de que «ha sonado, para bien del mundo, la hora de la espada». Claro es que si usted sueña ver cada uno de nuestros países con su respectivo Juan Vicente Gómez, este señor

nunca sabrá las teorías de la democracia que señalaba Rodó y que tienen por base la «geniocracia» que desearía Vasconcelos para el socialismo avanzado. Pero si cada país de América tuviese su respectivo Vasconcelos (o quien se le pareciese ya no completamente sino siquiera en lo varonil) entonces le diríamos a usted (y se lo diremos algún día): «Así se hace la democracia, «con una frente que vigila y un brazo que sin matar, nivela».

Luego añada usted: «el agrarismo mexicano me merece tanto respeto como los gobiernos fuertes del Perú y Venezuela». Su admiración por Juan Vicente tal vez le haga forjar un poema poco más o menos igual al que hizo usted para Mussolini y desde tal punto de vista (que demuestra su sincera e indiscutible firmeza para admirar) usted sabe lo que hace al invocar a ese señor como a su númen; pero, ¿no cree usted que Darío no hubiese dicho de usted tantas cosas que le elogian, al pensar que el poeta de *Las Montañas del Oro* sería el poeta del signor Mussolini? Su admiración por Dn. Augusto B. Leguía, representante genuino de la diplomacia yanqui en el país de Manco Capac, es notable por haberse acentuado a partir de la estancia de usted en el Perú cuando la celebración del Centenario de Ayacucho, a la que asistieron, con usted, algún filósofo fracasado moralmente y unos ambiciosos que hoy hablan maravillosamente bien de aquel déspota señor cuyos banquetes compraron voluntades y que simboliza al gobierno actual que preside. Mas espere usted unos años, que ya veremos en el Perú un gobierno verdaderamente fuerte que usted no admirará, pero que será creado para el bien de aquel país y por los mismos que hoy luchan contra esa imposición. No es inútil hacer constar que ya yo le dije la verdad sobre los atropellos del señor Leguía, al diplomático Germán Aramburú, en el periódico *El Sol* de aquí.

Asegura usted que «apoyándose en las noticias del telégrafo internacional, en México se fusila más que en Venezuela». Me permito rectificarle, pues usted no pensó o se olvidó al decir eso, de que los norteamericanos capitalistas controlan tal servicio y que, mientras más desacrediten a mi país frente al criterio europeo y americano, más pronto y con mayor facilidad podrán hacerlo suyo. Al menos, eso piensan; luego, si usted se fía de tales datos, va por un camino equivocado.

El que usted hable de Francisco Villa en el sentido que lo hace, es también una prueba más de que siempre está creyendo, firme, pero equivocada y dolorosamente, que nuestros más grandes hombres fueron Porfirio Díaz y Cipriano Castro, sustituidos con ventaja por otros tiranos y en otros países; tiranos tales como Chamorro, Orellana, etc.

Más adelante asegura usted que las revoluciones se hacen a cañonazos y cita «los

ejemplos de Rusia y de México». Es penoso que continúen sus errores de apreciación. La revolución en todas partes primero crea una conciencia dentro de las masas; vive, se arraiga, se extiende: entonces está hecha. Luego todas las verdaderas revoluciones son de origen ideológico, es decir, no las hacen los guerreros sino los pensadores, ya sean éstos líderes o apóstoles. Después de que el pueblo ha revolucionado y tiene pleno conocimiento de las circunstancias, y si éstas lo reclaman, interviene la fuerza, pero eso no significa más que un momento de la revolución. Eso pasó en Rusia, donde el pueblo estaba preparado y la revolución había triunfado moralmente (que es el verdadero triunfo) muchos años antes del día 8 de marzo de 1917 (comienzo de las hostilidades) que no fué más que el principio de una era de crisis revolucionaria. En México pasó lo mismo. El pueblo estaba preparado en el silencio y el dolor. Había levantado en el espíritu la bandera de la revolución; sólo faltaba ya un caudillo, un apóstol... y surgió Madero. Después vino el momento de crisis. Luego los cañonazos son... los cañonazos, pero de ningún modo los símbolos de la revolución.

A continuación asegura usted que Sarmiento, con ser general, fué guerrero, que es como decir, (repetiendo la comparación) que usted, con ser poeta, es sociólogo. ¡Cuántos guerreros no son generales y viceversa! Esto es axiomático.

Y, pasando por alto las eruditas frases que usted escribió como panegirico de Platón, que fué UN REVOLUCIONARIO DE SU ÉPOCA, pasemos a comprobar que se equivocó usted nuevamente cuando dijo: «Quienes miraron al Imperio Romano por dentro y lo abrieron al invasor fueron los cristianos, que no constituían un pueblo, sino una secta internacional de espionaje y de traición como el socialismo de nuestros días». Ya Darmesteter nos decía (y lo repite la historia) que el pueblo judío había revolucionado al mundo europeo por Jesús. Ese pueblo, dominado por los romanos, fué el principal causante de la caída del Imperio. En cuanto al cristianismo (manifestación del descontento del pueblo judío, pueblo que después trató de ahogar tal movimiento) fué algo que existía mucho antes de Jesús, en un estado subconsciente y a veces, luego, declarado, y que era «una reacción contra el despostismo romano». Sus tendencias eran hacia la igualdad, hacia el comunismo, y tenía también el postulado, ya hecho público antes, de la abolición de los dioses. Toda esa ideología fué más tarde alterada por retóricos y pillos que se pusieron a explotarla y a prostituirla. Pero, de cualquier modo, el cristianismo fué una demostración del descontento de los pueblos dominados; luego por estos pueblos y principalmente por uno, el judío, Roma se tambaleó. Ese descontento hizo a los hombres reunirse en rededor del Bautista, y después con un proletario, «más soñador que pensador, escasamente enérgico: Jesús de Nazareth».

Es obvio decir que usted alaba a Primo



de Rivera por razones de reaccionarismo y de criterio burgués, por lo cual ya le criticaron las juventudes de su país y el maestro de la Juventud de América José Vasconcelos. Ya no hay qué decir a ese respecto.

Para terminar quiero darle a usted las gracias porque me llama «socialista y liberal» y porque alaba mi constante entusiasmo. No puede ser de otro modo mi ánimo. Así como el egoísmo es indicio de senectud, así el signo más claro de la juventud es el entusiasmo; ese entusiasmo que tanto necesitan nuestros hombres para poder llamarse así.

Ahora bien. Seguro como estoy de que usted ha formado su credo añorando militarismos y tiranías; pensando en Primo de Rivera, de quien podría decirse, cambiando la frase que Vargas Vila aplica a Iturbide, que, no teniendo nada en la cabeza quiere ponerse en ella una corona; convencido también de que usted es, hoy, enemigo de todo lo que tiende a elevar el nivel moral de América; seguro de que no puede, ni desea, ni lograría entender que según la exhortación de Martí «Juntarse: esta es la palabra del mundo»; convencido de todo eso, doy por terminado este asunto, con un saludo de quien reconoce el talento de usted pero no está con sus ideas.

BALTASAR DROMUNDO

México, a 28 de agosto de 1926.

*Al Sr. Dn. Joaquín García Monge,  
Director del REPERTORIO AMERICANO  
San José de Costa Rica. C. A.*

*Caro señor García Monge:*

*La presente lleva por objeto pedirle una columna de su ilustre Semanario para las líneas que van adjuntas y que responden al epígrafe LA ÚLTIMA CAÍDA DE DON ANTONIO CASO, filósofo de esta Universidad que como usted sabrá seguramente, se ha puesto a interceder por José Santos Chocano que hoy ya estará en libertad...*

*Sería inútil que yo le dijese a usted la importancia que para nosotros, los jóvenes de aquí, tiene el aludido documento, y le ruego que lo inserte en el REPERTORIO.*

*Con mis agradecimientos anticipados por el favor, me repito como siempre su amigo afectísimo,*

BALTASAR DROMUNDO

### La última caída de don Antonio Caso

En días pasados intercedió el filósofo Antonio Caso por José Santos Chocano, el autor de *Fin de Raza* y a quien se le sigue juicio por el asesinato de Edwin Elmore, a quien no pudo repeler en otra forma que dándole muerte... La juventud mexicana esperaba un veredicto más justo, cuando menos el destierro o una larga reclusión. Y

la noticia de que fué «condenado» a tres años de prisión y a pagar una pequeña cantidad, nos ha sorprendido... aunque no mucho; sólo que esperábamos que en Lima se aparentase más justicia. No sólo se le «condenó» a tres años sino que ahora tratan de ponerlo en libertad «convocando a un plebiscito al pueblo de Lima para anular el proceso por la muerte de Elmore». Por si alguien dudara todavía de la dictadura de Leguía, los hechos recientes lo están demostrando: tenían razón los estudiantes latino-americanos residentes en París al llamarle tirano en la protesta que se publicó en la prensa de América. La prueba de que Chocano es un vulgar asesino, con más responsabilidad por más inteligente y culto, es que se le condenó a tres años de prisión; si hubiese habido alguna posibilidad de libertarle, Leguía y los suyos no la hubiesen dejado perder... Y ahora «nuestro filósofo» don Antonio Caso, a quien se ignora cómo alguien le llama todavía el maestro de la Juventud Mexicana, se ha puesto a interceder por el poeta del Sr. Leguía...

Don Antonio Caso, desde su ida y vuelta del Perú, cuando el Centenario de Ayacucho que por un mero sarcasmo le tocó celebrar al señor Leguía, quedó bien desacreditado en nuestra Patria. La juventud quiso que desistiera de tal viaje, pero él se salió con la suya diciendo «que no era Leguía por quien iba sino por el pueblo peruano que le invitaba por medio de Leguía». ¡Cómo si aquel tirano fuese digno de representar al pueblo de Manco Capac! Antonio Caso debía, en aquel tiempo, haber imitado a Tagore que no admitió ir al Perú... ¡y que no se dice maestro de la Juventud de América! Caso ha demostrado no amar a esta juventud ni siquiera por condescendencia... Cuando él estuvo en Lima no quiso presidir una manifestación que organizaron los estudiantes peruanos para aclamar a la Revolución Mexicana y a los apóstoles que la forjaron. Esteban Pavletich, peruano de la nueva generación deportado de su país por el tirano Leguía, se acercó a invitar a Caso para ello, pero éste dijo textualmente: «Caso, el filósofo, es ahora el embajador Caso, y por ningún motivo deberá tomar parte en manifestaciones de esta índole». ¡Qué poco arraigado tiene en sentimiento de la Patria, él, que «es un patriota del molde antiguo». Mas como el flamante embajador tenía que llegarse hasta el hotel donde estaba hospedado, los estudiantes le acompañaron... y a querer o no, se fué haciendo por el camino la manifestación. La tropa, desde luego, intentó «cargar» sobre los manifestantes, todos ellos de la juventud «que tanto ama Caso», y se detuvieron sólo porque éste iba entre ellos. Al llegar al hotel, Caso les abandonó y la tropa «se les echó encima»; cosa que veía nuestro filósofo desde uno de los balcones con la mayor naturalidad, como si los heridos fuesen nuestros jóvenes, a quienes mojan los bomberos cada vez que intentan protestar por algo... ¡Ese es el amor de Antonio Caso por la juventud! El, Leopoldo Lugones y otro cuyo nombre no vale la pena de ser escrito, fueron

los únicos que salieron del Perú diciendo excelencias del señor Leguía, que tan bien les había tratado y con tantas finezas...

La juventud mexicana está publicando por medio de la prensa de aquí que nunca y por ningún motivo respaldará la actitud del filósofo Caso, que en este caso no es más que una *pose* del ya caído filósofo, que al decir de esta misma juventud «con pedir la ingerencia de un Presidente de la República para libertar a un reo condenado por la justicia común, acepta la violación de las leyes por los actos mismos del tirano».

BALTASAR DROMUNDO

México, 28, 8, 1926.

## REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,  
84, Boulevard de Courcelles.—París (17<sup>e</sup>).

## CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

*Cultura Venezolana* se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

## Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes  
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.



# Historia y patriotismo

=De *El Universal*, México, D. F.=

DESDE hace bastante tiempo se ha observado que ciertos viejos conceptos sociales, como el honor, la religión, el patriotismo, han llegado a un punto crítico en este siglo. Es posible que no sea completamente exacto el afirmar que están desapareciendo o que van a desaparecer; pero es indudable que cambian. Y el sentido del cambio es, sin duda alguna, el del afinamiento, el del buen gusto. Después de todo, no está mal en los tiempos y en las sociedades modernas, el ser religioso o patriota, con tal de serlo con decencia. Así, nos parece de muy mal tono y poco decente, lo mismo ser «mocho» que «comecuras»; lo mismo ser patriota en el tono de «al sonoro rugir del cañón», que ser un renegado, un descastado. Es una cosa de elemental decencia dejarse de cuentos y atenerse a que el único problema en religión es portarse bien y a que el único camino para ser patriota es trabajar honestamente.

En los Estados Unidos no se conoce aún suficientemente esta moderna decencia en ciertos sentimientos sociales y, existen las tragedias, las grandes, absurdas tragedias del patriotismo, de la religión o de la moral. Hace poco la tragedia del mal gusto en materia religiosa se reveló en el famoso proceso al profesor que enseñaba las doctrinas de la evolución. Latente está la tragedia moral de los vestidos cortos, del jazz y del peinado a la «bob». De repente aparecen en los periódicos las grandes catilinarias de una señora de edad avanzada contra las modas actuales y, días después, la contestación de una señorita colegiala sosteniendo que los ideales de la juventud de hoy son superiores a los viejos ideales. Y en estos días principia a representarse la tragedia del patriotismo, con gran aparato escénico.

Según un inteligente profesor americano, no son completamente nuevas estas formas del patriotismo americano; pero sí han revivido después de la guerra europea. Entramos a la guerra—dice—para acabar con el prusianismo alemán; pero no parece sino que lo hicimos con el propósito de heredarlo. El dinero es el que ciega a los Estados Unidos a veces. Parecen estar en la situación del que teniendo dinero de sobra para comer, quiere darse un festín: adornar la mesa con flores, beber en copas de oro, quemar incienso y que poetas y músicos le halaguen el oído.

Varias asociaciones patrióticas quieren que la historia norteamericana se vuelva a escribir y que en ella se diga la verdad, a saber: nosotros somos grandes, nosotros somos fuertes, nunca hemos cometido un yerro, siempre hemos obrado con justicia.

La primera voz patriótica la lanzó hace años una persona que creyó descubrir en ciertos textos de historia propaganda inglesa encaminada a una reconquista de los Estados Unidos por parte de Inglaterra. Y

un ilustre magistrado yanqui declaró entonces: «Quiero que a los niños se les enseñe que nuestros padres tenían razón y que los ingleses no la tenían».

Esta preocupación que asume las proporciones del ridículo, parece estar arraigada en la mente de los patriotas profesionales, pues en todas las resoluciones de las sociedades, en algunas leyes, se insiste sobre que las dos guerras contra Inglaterra deben ser pintadas en «colorful».

Las legislaturas de los Estados de Wisconsin y de Oregón aprobaron una ley en la que se decía: «Ningún libro de texto de historia ni de otra índole será adoptado para su uso en las escuelas de Distrito, vocacionales o «Highschool», en que se falsifiquen los hechos de la guerra de Independencia, los de la de 1812, o que contengan propaganda favorable a un gobierno extranjero». Y el Estado de New Jersey tiene en cartera una ley que prescribe: «Ningún libro de historia, de texto o de consulta, podrá adoptarse en las escuelas públicas o privadas del Estado, en que se ignoren, omitan o nieguen los hechos que condujeron a la Declaración de Independencia Americana, o los de CUALQUIERA OTRA GUERRA EN QUE NUESTRO PAÍS HAYA TOMADO PARTE».

Para juzgar si un libro de texto se ajusta a la ley, o no, se ha inventado un procedimiento tan poco serio como la ley misma: cinco vecinos del Condado pueden aparecer en todo momento ante un inspector de Escuelas, que no siempre es especialista en historia, denunciando al editor. Un comentarista de la ley dice: ya parece que vemos al editor sacrificando al autor y haciendo «razonables concesiones».

A pesar de esas leyes y de las sociedades que se llaman «Hijos» e «Hijas» de la Revolución o de la Guerra de 1812, la historia americana se seguía haciendo por el esfuerzo digno y admirable de los investigadores universitarios y, de ahí, pasaba el esfuerzo a los libros de texto, dándole como fuentes de inspiración la verdad y la ciencia. Pero esta situación de hecho, que, por fortuna durante largo tiempo había desbaratado las absurdas intenciones de las sociedades patrióticas, está a punto de terminarse. Bien pronto, si otras fuerzas no se oponen, la historia de los Estados Unidos se enseñará torcidamente a la niñez y a la juventud americanas.

Más de treinta sociedades, cada una poderosa en su medio de acción y algunas, especialmente, en las oficiales y políticas, han coordinado sus esfuerzos para publicar una historia patriótica de los Estados Unidos. La obra asume las proporciones de una verdadera propaganda, puesto que va a venderse a un precio ínfimo, a pesar de que la edición se hará a todo lujo. Como la gran mayoría de las escuelas del país son privadas, están sujetas a todas las le-

yes económicas y claro es que el simple hecho de poder comprar un libro de texto mucho más barato que los similares, acabará por hacer de ese libro el «standard» conforme al cual va a enseñarse en lo futuro la historia de este pueblo. El éxito del libro, además, será completo no sólo por su baratura, sino porque lo impondrán las sociedades patrióticas que lo editan, a la cabeza de las cuales están la *American Federation of Labor* y la *American Legion*.

Para darse cuenta del criterio que inspira esta obra bastará saber qué es lo que esperan de ella, para el país, estos patriotas profesionales: «debe inspirarles patriotismo a los niños», «debe construirles carácter», «debe hablar en un fervoroso esfuerzo espiritual de Dios, sin tener miedo a nombrarlo» y sobre todo, este gran fin, «debe decir la verdad, pero al referirla TENDRÁ CUIDADO DE DECIRLA OPTIMISTAMENTE». Agrega que no debe ser partidista, que debe dar oportunidad a que cada Estado de la Unión cuente sus hazañas, pues se acusa también a los libros de texto de ser escritos por gentes de la Nueva Inglaterra, del Este en general, lo cual significa que al Sur, al Oeste, se les concede dizque poca importancia.

Pero hay otro detalle aún: no encontrando un historiador que quisiera acometer una obra que debía realizar tan altos fines patrióticos, las sociedades famosas la dieron a escribir a un profesor de inglés!

Calcular las consecuencias que pueda tener en el futuro un hecho de esta naturaleza, es bien difícil. Pero ayuda a imaginarlo el saber que el estudiante americano, aun el graduado, cree con toda ingenuidad en la teoría de la superioridad de las razas blancas y en la inferioridad de las de color. Esta teoría no sólo es vieja, sino que sus autores, los alemanes, después de la guerra que les enseñó que ellos no eran una raza TAN SUPERIOR COMO creían, son los que han puesto de moda en Europa a las civilizaciones africanas. Y los maestros de Harvard, para poner a sus discípulos al día en estas cuestiones, necesitan recurrir al argumento de que según la religión cristiana «no es bueno» considerar como inferior a nadie.

Si cada pueblo se empeña en exaltarse a sí mismo, si cada pueblo se miente a sí mismo, si cada uno cree en su primacía, en su infabilidad, en su misión divina sobre la tierra, ¿para qué tanto aparato de Ligas de Naciones y de Cortes Internacionales de Justicia? ¿Para qué las palabras de Humanidad, de Civilización?

Pero es posible que nosotros, movidos por el soplo de estas tragedias de mal gusto, estemos hablando ya en tono de do mayor. Y más vale, tal vez, decir con el profesor Underwood: «Como semejante libro, es obvio, no fué nunca emprendido como libro de historia, sería injusto criticarlo desde ese punto de vista».

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Harvard University, 1926.



## Para el Repertorio Americano

Lea lo que dice el poeta Rabindranath Tagore sobre el fascismo. Su juicio es decisivo y elocuente; pues yo he vivido en este país dos años. Si gusta, puede transcribir en su periódico los recortes que envío.

Cordialmente,

T. MAROF

La revista *Europa*, en el número 15 de agosto de 1926, publica la carta de Rabindranath Tagore en que contesta a los artículos que los diarios fascistas han dedicado a la reciente estada del gran poeta indú en Italia; en tales artículos aparece Tagore como dando completa aprobación al Fascismo.

Véanse algunos extractos de la citada carta:

...Los diarios talianos dan a entender que yo he prestado mi apoyo moral al Fascismo... En todos mis escritos he condenado enérgicamente el suicidio moral que realiza en casi todos los países del mundo, el culto infame del credo nacionalista. Me subleva tanto que se me haga aparecer como sancionando una serie de crímenes sin escrúpulos, cualquiera que sea el partido político dominante para engrandecer a un pueblo... Ad-

herirme a la causa fascista equivale, para mí, a suicidarse moralmente... Del todo imposible es que yo deje pasar, sin desmentirlos, tales rumores.

...Los métodos y principios del Fascismo atañen a toda la humanidad; es absurdo suponer que jamás pueda yo apoyar un movimiento que ahoga despiadadamente ¡la libertad de expresarse y restringe a obligaciones repugnantes, la conciencia individual; y camina por una vía sangrienta de violencias, crímenes y mentiras.

...Sería insensato, punible, que yo expresara mi admiración por un ideal político que declara abiertamente su fe en la fuerza bruta como potencia civilizadora... Este culto a la fuerza sin escrúpulos como instrumento de nacionalismo, atiza la hoguera del odio internacional que conduce al incendio del universo... El peligro del contagio de esta aberración moral es temible, pues hoy las razas humanas se han acercado y todo procedimiento destructor empleado por un pueblo influye en el conjunto. ¡Cómo es posible suponer que sabiendo yo esto anduviera en la danza, en tanto que la hoguera se alimenta de sacrificios humanos!...

Carlos Luis Sáenz. Heredia. Costa Rica.  
 J. R. Uriarte. San Salvador. El Salvador.  
 Luis E. Valcarce. Cuzco. Perú.  
 Guillermo Valencia. Popayán. Colombia.  
 Rafael Heliodoro Valle. Amberes, 67: México, D. F. México.  
 Ramón del Valle Inclán. Puebla de Darabiñal. Coruña. España.  
 Dr. E. J. Varona. Calle 8, No. 18. Vedado, Habana. Cuba.  
 Lic. J. Vasconcelos. Legation du Mexique. 144, Boul. Haussmann. París. France.  
 Dr. C. Vaz Ferreira. Calle Progreso, No. 36. Montevideo. Uruguay.  
 Daniel de la Vega. Casilla 6063. Santiago de Chile.  
 N. Viera Altamirano. El Salvador. San Salvador.  
 Asdrúbal Villalobos. Santo Domingo de Heredia. Costa Rica.  
 Edo. Villaseñor. Apartado 2479. México, D. F. México.  
 Modesto Villavicencio. Apartado 168. Lima. Perú.  
 Moisés Vincenzi. Escasú. Costa Rica.  
 Carlos Wyld Ospina. Cobán, A. V. Guatemala.  
 Jorge Zalamea. Universidad Nacional. México. D. F. México.  
 Gonzalo Zaldumbide. 10 Ave. Elisée Reclus. París.  
 José M.<sup>o</sup> Zeledón B. San José de Costa Rica.  
 Luis de Zulueta. Apartado 6002. Madrid, 6. España.

## Señas de escritores

### Quinta lista

Alejandro Alvarado Quirós. San José de Costa Rica.  
 Rubén Coto. San José de Costa Rica.  
 Rafael Estrada. San José de Costa Rica.  
 Omar Dengo. Escuela Normal. Heredia. Costa Rica.  
 Luis Dobles Segreda. Heredia. Costa Rica.  
 Justo A. Facio. San José de Costa Rica.  
 Ricardo Fernández Guardia. San José de Costa Rica.  
 José Fabio Garnier. Instituto de Alajuela. Costa Rica.  
 Octavio Jiménez. San José de Costa Rica.  
 María Monvel. Casilla 3518. Santiago de CHILE.  
 Carlos Sánchez Viamonte. 53-538. La Plata. Argentina.  
 B. Sanin Cano. Calle 13 N.º 252 E. Bogotá. Colombia.  
 Mario Santa Cruz. Eliseo, N.º 16. México, D. F. México.  
 Eduardo Santos. Ap. 78. Bogotá. Colombia.  
 M. Silva y Aceves, Madero, 72, altos. México, D. F. México.  
 R. Silva Castro. Alameda, 66. Santiago de CHILE.  
 Carlos Silva Vildósola. En *El Mercurio*. Santiago de CHILE.

Rogelio Sotela. San José de Costa Rica.  
 Alcides Spelucín. En *El Norte*. Trujillo. Perú.  
 Alfonsina Storni. Calle Cuba, 3011. Buenos Aires. Rep. Argentina.  
 J. J. Tablada. 8921 Ursula Place. Forest Hills, L. I. New York. U. S. A.  
 Franz Tamayo. Casilla 32. La Paz. Bolivia.  
 Juan B. Terán. Universidad de Tucumán. Rep. Argentina.  
 Humberto Tejera. 5.ª Calle Sureste No. 51. Mixcoax, D. F. México.  
 Haya de la Torre. 1917 Club. 4 and 5 Gerard St., W. I. England. London.  
 Jaime Torres Bodet. Altamirano, 116. México, D. F. México.  
 A. Torres Rioseco. University of Texas. Austin, Texas. U. S. A.  
 Julio Torri. Apartado 8640. México, D. F. México.  
 Rómulo Tovar. San José de Costa Rica.  
 Froylán Turcios. Tegucigalpa. Honduras.  
 Manuel Ugarte. Promenade des Anglais, 119. Nice. France.  
 Miguel de Unamuno. Hendaya. Basses Pyrenées. France.  
 Alberto Ureta. La Paz, 53. Miraflores. Lima. Perú.

### Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.  
 En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.  
 En San Pedro Sula (Honduras): Salomón Ibarra.

La suscripción anual, aislada y directa:

\$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. ADR. del REPERTORIO AMERICANO  
 Ap. Letra X  
 San José de Costa Rica, C. A.

### Valoraciones

*Revista de humanidades, crítica y polémica*

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»  
 Calle 60 N.º 682  
 La Plata, Rep. Argentina



MUEREN jóvenes los amados de los dioses». Una vez más, sube inevitablemente a los labios el viejo verso griego, ante la brusca desaparición, casi súbita, del que en breves años pasó de la pobre obscuridad anónima a una celebridad casi insolente, y que muere en pleno goce, en pleno triunfo, cuando todos los terrenales tesoros eran como piedras preciosas con que jugaran sus finas manos acariciadoras. Todo lo tenía su espléndida juventud victoriosa: ¿la gloria, el aplauso, el dinero, la fama?... ¡Oh, más aún!: toda una intensa y casi universal adoración femenina que lo envolvía, no en falaces humaredas de incienso, sino en cálido perfume turbador. Y simbólicamente, la Vida era tan sólo como una mujer más, que fascinada se le ofrecía, con dulce gesto y húmeda sonrisa de vencida...

La visión de las desoladas muchedumbres femeninas que se agolpaban frente al hospital durante las horas de su rápida enfermedad angustiosa, y que ahora esperan bajo la lluvia, apiñándose en cuadras y cuadras de la calle neoyorquina, el minuto doloroso de contemplarlo por última vez, ¿no evoca ante nosotros el antiguo rito pagano: las desmelenadas y ululantes mujeres del Asia Menor gritando su amorosa cuita ante el cadáver de Adonis, el más hermoso de los adolescentes, muerto por los celos de un dios, como a Valentino pudo matarlo la rencorosa envidia de miles de hombres a quienes su prestigio de seductor humillaba cada día, de lejos, y casi sin querer?

Júpiter, compadecido de sus adoradoras, no devolverá hoy a la luz de los cielos al juvenil semidiós de Hollywood. Pero... ¿no vemos ya cómo comienzan a tejerse a su alrededor las mayas sutiles de la leyenda? Se habla de su inmensa prodigalidad, fastuosa y caritativa, de su sencillez en medio de los triunfos, de su desprecio al dinero que le caía en las manos a raudales; una voz de ultratumba, encarnando la enorme sorpresa del mundo ante esta muerte inesperada, habla ya del crimen misterioso, del enemigo desconocido e implacable que desliza el veneno entre los licores de la orgía; mañana, acaso se nos diga que unas noches antes Valentino presintió su fin próximo, viéndose a sí mismo en un espejo, desdibujado, sonriente y pálido como en su última aparición fantasmal en *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*. Y dentro de algunos si-

## La muerte de Adonis

Palabras de una intelectual  
ante Rodolfo Valentino



glos, cuando no quede ni su imagen en la fragilidad de las películas, quedará su nombre como el de un ser fantástico: «Valentino, el amado de todas las mujeres», y él, también, habrá entrado en el mito...

Pero, ¡qué cruel ironía del destino se enseñoreó de los últimos momentos de este hermoso muchacho feliz! El Adonis contemporáneo murió privado de toda ternura femenina: Venus no entró, con lágrimas pugnando por empañar sus claras pupilas de inmortal, a besar por vez última a su amado; cuando el joven pidió que le abriesen las ventanas, sin saber que eran las que le cercaban las espantosas sombras de la agonía, ninguna honda mirada de mujer colmó de una postrera luz, ya casi inmaterial, sus ojos angustiados. La devoción femenina que lo persiguiera durante su vida de meteoro no veló junto a su lecho de muerte: las esposas, las amantes, la novia, estaban lejos, y la humilde muchacha que acaso lo amara más que todas, como ídolo romántico e inaccesible, tampoco pudo llegar hasta él en esa hora suprema.

No te admiré, Rudy. O más bien, sí, te admiré por tu porte y aun por tu encanto.

Mas no me conmoviste ni me hiciste soñar. El deslumbrado rendimiento de mis hermanas tornábase ante tí, en Amazona, erguida, casi hostil. Luego de verte, no quedaba «callada y estremecida», como alguien ha dicho. Analizaba, con toda fría justicia, tu gentil figura, la fina gracia de tus movimientos, la sencillez de tu juego escénico, que era una «difícil facilidad», y no escatimaba el elogio cuando en los momentos culminantes del drama, tu emoción muy latina rompía sabiamente, en angustia, en violencia, en dolor, los moldes convencionales de la pantalla, y eras ya, más que actor, artista de veras. Pero... ¿un héroe, un ídolo, un ideal?... Nó. Los lacios cabellos, casi indios, los pequeños ojos oblicuos, el óvalo inexpresivo de la cara, aun cierta delicada languidez, no eran el ensueño de la mujer meridional de cuerpo y espíritu que, intelectualizando sus emociones, cree ver, en su admiración por los rubios y sonrosados bárbaros del Norte, la aspiración hacia toda una raza más fuerte y más pura.

Pero has muerto, Rudy, cuando te esperaban muchos años colmados de todas las dichas humanas; eras joven, gallardo, sonriente, amable: no debías morir... Y has muerto casi solo, solo entre el clamor apasionado que no atravesaba las puertas encristaladas del hospital. Se ha plegado para siempre tu sonrisa un poco enigmática, de la que no supimos jamás si era melancólica o jactanciosa; te han maquillado, no para la cruda luz de la pantalla, sino para las tinieblas de la tumba; estás tendido, rígido, ¡cuán trágicamente mudo ahora, tú, cuya voz nunca oímos, en esta tu terrible exhibición postrera!... Y la Amazona cruza por entre las plañideras que se arremolinan contra puertas y paredes, y que no la ven; llega a tu lado, te mira; no desata sus cabellos, porque como todas tus contemporáneas, los dejó desde hace tiempo en manos del peluquero, sin guardarlos ni para la caricia de los que te envidiaron, ni para la ofrenda ante tu ataúd; pero inclina la frente, deja caer el acero, el escudo y las flechas, y oprimiendo conmovida su único seno, llora sobre ti, no el estridente sollozo histérico, sino todas las lentas y silenciosas lágrimas de la piedad...

PENTESILEA

1926

(El Figaro. Habana)



SEÑORES:

ACCIÓN IBERO-AMERICANA es el nombre de una sociedad ya ilustre, que tiene representantes y simpatizadores en todo el Continente colombino de habla española; lo mejor de sus hombres se ha consagrado al ideal que contiene páginas inolvidables y tareas sólidas. Su idea genésica es tan vasta, tan complicados los medios de que ha de servirse y tan altas las miras que persigue, que el lector atento se pregunta si es ésta labor que pueda llevarse a cabo en el trascurso de cincuenta o cien años. Sólo una gestación continua y semejante a la del espíritu romano podría llevarla a buen término, y ello en un lapso que cansaría nuestras esperanzas y agotaría nuestras fuerzas. En efecto, el ideal de ACCIÓN IBERO-AMERICANA contiene, al menos en síntesis, la concreción de toda una cultura y los sueños de una raza entera, raza que ha llenado el cincuenta por ciento de las páginas de la historia, imprimiéndoles el sello de su genio y la energía de su alma. No puede decirse, sin embargo, que la actual sociedad tenga un programa concreto, porque esto sería reducir los amplísimos campos en que se mueve toda ella. Mirada idealmente es todo un plan de sociología racial en que se funden todos los elementos de gobierno y de conocimiento: un plan en que figuran los problemas políticos locales e internacionales, la filología, la ciencia económica con toda su múltiple aplicación, el derecho aplicado y teórico, y por fin la religión y el arte. Una concepción semejante puede

probar dos cosas: o bien que seguimos delirando como en los buenos tiempos del romanismo político, o que aun somos dignos de representar en el mundo el viejo tipo del hombre civilizador. Ante tan soberbio intento y abstruso problema no queda otro recurso que el de sembrar una sola y humilde simiente en el surco inmenso, y consagrarla al espíritu de la fructificación en el seno de la tierra común.

Entre las grandes dificultades que se presentan al cultivador del ideal ibero-americanista, figura a nuestro juicio en primer término el mismo temperamento del ciudadano indo-español, despojado casi por entero de aquella sistemática voluntariedad que da proporción inmediata a todo esbozo ideológico. Influencia de sangre y de historia, de lenguaje y de cultura, sin exceptuar las climáticas, hacen de todos nuestros pueblos teoremas de ensueño y de fantasía; nos movemos en un mundo de milenarias tendencias, de impulsiones vagas y contradictorias, de sistemas de acción ajenos y de simulaciones peligrosas; la naturaleza en que vivimos, de sugerencias épicas y de sugerencias colosales, nos resulta, cuando tratamos de materias filosóficas, casi un enemigo: su feracidad y su esplendor imprimen al entendimiento rumbos inextricables y meandros

## Ibero-americanismo positivo

Conferencia dictada en la sala de Audiencia de la sociedad ACCIÓN IBERO-AMERICANA, el 11 de agosto de 1926, en la ciudad de México, D. F.



Por

RAFAEL CARDONA

Sketch de RAFAEL CARDONA,  
por ERNESTO GARCÍA CABRAL.

innúmeros; nos es sumamente difícil seguir la línea recta del cerebro sajón y para llegar a una conclusión cualquiera hemos de seguir el hilo caprichoso de grandes series evocativas; esto, que es una virtud en las esferas del arte, tanto que el arte de todos los tiempos ha sido «mediterráneo» según la sugerencia de Ruskin, resulta un signo de impotencia cuando penetramos en el ambiente real de la tierra, en aquel que se nutre de cosas corporales y como decimos hoy, «económicas». Flotan en nuestra atmósfera mental, como en un océano sin orillas, los restos de una catástrofe en que se anegaron civilizaciones enteras; la conquista de España nos dió por herencia este desconcierto intelectual y moral en que nos agitamos, y al propio tiempo nos legó su facultad de superar obstáculos; la esclavitud colonial nos inyectó algunas gotas de sangre doliente y primitiva en que corre un amargor de servidumbre, y por último, el universalismo de hoy, traído por el espíritu de la investigación científica, agujonea en nosotros el ansia de una expresión en que se fundan para siempre la armonía moral y la actividad práctica. Cada una de estas corrientes, perfectamente seccionada por los etnólogos y profesores de racialismo, parece hasta ahora completamente irreductible

y ajena a toda fusión; sin embargo, hay en su substancia algo que hace suponer la unidad del hombre futuro, como veremos luego.

Cuando Bunge estudiaba el fenómeno político de nuestras naciones de Hispano-América, concluyó por manifestar un pesimismo que tal vez tenía fundamento real en la acritud del momento histórico; somos para él una raza híbrida, en que alternan los elementos psíquicos del negro degradado y la arrogancia inepta del español medioeval. Nuestra política era una resultante de este temperamento apasionado y lánguido, enemigo del orden y del trabajo austero, y el caciquismo una especie de pináculo moral que resumía el carácter de las comunidades. Los sabios, cuando sólo se sirven del microscopio y del auxilio clínico, reducen el espacio de su visión tanto como lo profundizan; y así Bunge, que expresaba una incontrovertible verdad, no supo ver sino nuestros defectos y no pudo levantarse a aquel sano optimismo que se empuja sobre el presente con la mirada hacia el porvenir. ¿Es necesario añadir que cuantos han tocado el tema, se han afiliado, intuitiva o conscientemente a la tesis de Bunge?

Hay, no obstante, algo más que la ciencia, el hombre mismo, que la perfecciona y la produce, y una simple mirada al pasado bastará para probarnos que desde el principio de los tiempos, desde que hay memoria humana, se ve al hombre buscando al hombre, con el deseo de completarse. Esto no fué posible en la antigüedad.

y a cada tentativa de unión el dominio de la espada se impuso; estas grandes marejadas de pueblos, de civilizaciones enteras golpeando unas contra otras y haciendo resonar el orbe con el retumbo de las armas y con el trueno de los cantos épicos, buscaban sin saberlo esos reflujos vastísimos de cuya reacción quedan siempre algunos restos de vida espiritual, como de las mareas quedan en las playas los amontonamientos de animales desconocidos y de elementos preciosos. Es indudable que la guerra ha sido un recurso de compenetración, y que nuestras civilizaciones han brotado, como una sangre generosa, del filo de la espada; si la moral del siglo exige que este recurso desaparezca, es porque vamos pasando ya los dominios de la fuerza y comenzamos a entrever los reinos de la justicia. En busca de esta unidad del hombre fué Alejandro a la India, Cambises a Egipto, la Babilonia bárbara a la Hebraida mística, la Roma legisladora a la Grecia armoniosa; un dedo invisible va marcando las etapas de dolor y de gloria y empujando por la espalda a los grandes conductores de pueblos hacia el ideal de la unidad moral. Cuando Grecia cae, aherrojada por la argolla de bronce de la Roma imperial, entrega a ésta la antorcha del pensamiento y los laureles de su



genio; cuando Roma a su vez, vencida por su orgullo como por una lepra incestuosa, cae de rodillas ante la azagaya de los bárbaros, delega con su aliento la misión de regar por toda Europa las semillas de su derecho político y el perfume de su humanismo fervoroso. Toca a la Edad Media interpretar y descomponer este pensamiento, fecundado y perfeccionado por la moral cristiana, hasta que la España conquistadora abre nuevos senderos de acción y de riqueza al instinto de desenvolvimiento cultural del hombre. De esta manera, nosotros los hispanoamericanos venimos a sellar el pacto de alianza del mundo y somos el punto de encuentro de toda la historia. Llevamos en la sangre todos los gérmenes del espíritu antiguo y es indudable que representamos el porvenir. Por eso mismo estamos recibiendo, en fabulosos y encontrados choques, todas las ondas del imperialismo contemporáneo; las sacudidas históricas de ayer, las agitaciones del presente, los sueños de dominio de extranjeras razas, todo conjura, al parecer, en nuestra contra; ahora somos el campo de Agramante donde se libra la gran batalla, y de las enconadas persecuciones de la brega sólo sentimos el trepidar de los carros y los gritos de ambición. Nuestras nacionalidades se ven envueltas y acechadas por todos los intereses y por todos los sortilegios: dijérase que vivimos sobre una tromba. La decadencia de Oriente—me refiero al aspecto activo y material—, y por otra parte el apogeo de la cultura europea, indican evidentemente que para continuar la obra del mundo, el designio del Gran Constructor—no hablo masonicamente—, es indispensable este Nuevo Mundo americano, todavía semisalvaje y virginal, henchido con todas las gracias de una leyenda formidable.

He aquí, pues, que ese Designio nos coloca en el marco más grande de la historia. Somos débiles y andamos a tientas; nuestras repúblicas son apenas esbozos, lineamientos de lo que será; nuestros espíritus, asimismo, son llamas trémulas, agitadas por soplos encontrados. A esta orfandad moral se une la orfandad física; toda la civilización actual—de la cual estamos casi al margen—se precipita sobre los pueblos hispano-americanos para imponerles el modelo de su concepción política y espiritual; y esta civilización, que está desorientada, nos amenaza con la herencia de su desconcierto psíquico y con la implantación de su sistema cosmológico general.

¿Cómo nos encuentra el alborear de esta lucha? ¡Totalmente hundidos en el quijotismo lírico, completamente henchidos del gusto secular, miliario acaso, por los librotos y la metafísica! Nuestra actitud no es la del Aquiles homérico, confinado por un enojo a la popa de su convexa nave; es la actitud de un desertor, que en el exilio se entretiene en cantar a Filide y grabar madrigales en los troncos selváticos. Mientras Europa y los Estados Unidos marchan rápidamente hacia simplificaciones de sus sistemas, hacia urgencias de acción cada vez más material

y concreta, nosotros espigamos todavía en las páginas amarillentas del viejo pensar, confiados en que la justicia por la justicia misma pondrá en nuestra frente el óleo de la liberación comunal, sin esfuerzo alguno de parte nuestra. ¿Por qué la Providencia ha puesto en los más débiles hombros la más pesada carga?

Nuestro excesivo individualismo en materia política, que forma tan denunciado contraste con nuestra debilidad moral, ha dado ya pábulo al espíritu conquistador del anglosajón, y ya comenzamos a arrepentirnos de nuestro aislamiento social. La democracia hispanoamericana ha sido hasta hoy, con muy relativas y momentáneas excepciones, una comedia sanguinaria, una sucesión de imitaciones importadas que no se ajustan al temperamento egoísta de la mayoría de estos pueblos; hemos desarrollado una política de nombres y figuras, y del cacique primitivo hemos hecho bustos presidenciales; el sufragio, el derecho privado, la enseñanza, la diplomacia, el comercio, la filosofía y la religión, todo ha sido materia de extorsiones y de impudicias; muchos gobiernos de América, surgidos por la imposición de nombres, han llegado al poder con un legajo de deudas subrepticias bajo el brazo, deudas que suponen siempre jirones de la soberanía y contratos vergonzosos de plazo indefinido. De esta manera, aquellos hilos de acción opresora que eran en principio delgados como telas de araña, han ido robusteciéndose hasta convertirse en cuerdas de ahorcado. Merced a estos vicios políticos, el imperialismo norteamericano, que era en sus comienzos un mero filibusterismo de buscadores de oro, se ha transformado, depurándose, hasta un punto en que, al través de las casacas diplomáticas y de los brindis reticentes, apenas puede adivinarse al William Walker de antaño. Las fuerzas naturales y aun las organizaciones de industria y de comercio, las potencias agrícolas y las bancarias, han ido entrando lenta o precipitadamente por los sigilosos cauces del economismo invasor; y lo peor de todo es que, apercebidos de ello, no saltamos sobre el Babieca de Ruy Díaz sino sobre el pollino limosnero, y repetimos en todos los tonos aquellas fórmulas de la libertad metafísica: ¡el hombre es libre!, ¡el hombre ha nacido para la libertad! ¡viva la libertad!— ¡Como si las naciones necesitasen otra libertad que la económica!

Cuando, por ocasiones, la vena patriótica de la raza despierta, el carácter volcánico y exuberante se pone a flote, y las gentes, sobrecogidas, miran la sucesión de los relámpagos como en presencia de una explosión inminente... Mas ah! Pronto la tempestad, sin descargar, se aleja tronando, y el cielo vuelve a ser azul. ¡Pirotecnia lírica! ¡Incurable sed de fuegos artificiales!

Mientras tanto, en la sombra, el trabajo de zapa prosigue, sabio y sistemático. El imperialismo extranjero, que nosotros nos figuramos henchido de odios y con un puñal en los dientes, se ejerce silogísticamente, con el cálculo sonreidor y frío de una medición antropométrica. Este imperialismo no

sabría dejar de serlo: ni la cultura de los sentimientos ni la más acendrada honradez de principios bastarían a paralizar esta máquina de horror y de dominio: se manifiesta como una ley natural, tan sólida y respetable como la gravitación. Cuando los gobiernos que lo ejercen se elevan un palmo sobre la moral del siglo, surge un Wilson, un hombre de cátedra que practica la ortodoxia política con el ademán lento y sacro de un profeta hebreo. Entonces habla en nombre de la Humanidad, del progreso, de la Armonía, y mientras predica sus sermones de paz en un mundo cargado de experiencia y de sabiduría, aprieta el dogal al cuello de los pueblos nuevos, incapacitado para libertarlos, puesto que su fuerza misma descansa sobre una base de imperialismo económico. Constatando estos hechos, en un ardoroso poema de juventud, que casi he olvidado, exclamé hablando de Wilson:

....Marco Aurelio en Europa  
y Hércules en la América de las tristes Augias!...

Ahora bien: ¿cuál es el error capital que todavía padecemos al considerar el problema de nuestra soberanía efectiva frente al poder económico de los Estados Unidos? Casi todos los escritores que tratan del imperialismo yanque (en mi sentir exclusivamente económico con protección oficial), ponen de relieve, con cuidado sumo, los defectos característicos del pueblo y del gobierno norteamericanos; casi nunca se ve en los libros que llevan intenciones de defensa racial, un recuento siquiera sumario de las grandes virtudes de aquella poderosa nación, árbitro hoy de los destinos del mundo, aunque incapaz del futuro. Esto resulta desastroso para nosotros mismos, pues nos deja en perfecta ignorancia de lo que es realmente positivo en el hombre. Conocer y señalar los errores del rival o del enemigo no nos hace adelantar un paso hacia su conocimiento, pues el error, según es valedero entre filósofos, es sólo la parte negativa y ajena al hombre real, que ha nacido para la verdad. Mientras procedemos de esa manera, ellos son más sabios y justos que nosotros, y estudian detenidamente nuestro carácter y nuestros fines: por eso nos penetran mejor. Nos estudian sin pasiones, con la calma y el método científicos, sin tomar en consideración nuestras pasiones ni nuestros odios. La democracia contemporánea, que resulta desastrosa para el tipo indolatino por su espíritu irreverente, agitador y tornadizo, es en los Estados Unidos una forma de gobierno casi perfecta, en donde la ley ha adquirido un carácter sagrado y una aplicación invariable, aun al aplicarse al extranjero. Su política desca sa en el trabajo, la producción y la educación: por eso no se hace violenta y acrática sino evolutiva y armónica. Se ha dicho que su gobierno es en verdad una plutocracia, quizá con la idea de reducir su majestad y su importancia; sin embargo, la experiencia de su vida, la felicidad de su pueblo y su poder en el mundo, nos dicen que esta plutocracia tiene su razón de ser, al menos inmediata, y que responde muy bien a los



finés nacionales. Es una plutocracia expansiva, metódica, diríamos purista, que luego de llenar los deberes internos de la producción se hace centrífuga y educadora, fomentando, no sólo en el interior del país sino en todo el continente, centros de estudios, como la Institución Rockefeller que mejora práctica y teóricamente las condiciones de vida de los pueblos tropicales. Ahí se paga al genio del arte y de la ciencia, se estimula a los inteligentes y el individuo tiene un campo ilimitado de experiencias, protegido por leyes inquebrantables: y es imposible que reinando estas condiciones el resultado no sea la prosperidad, la alegría y la fuerza.

No parece sino que se me ha encargado una apología del pueblo americano; mas estimo llegada la hora de abandonar el sistema negativo de combate y de asumir los modos y características de estudio de aquel temperamento, si es que deseamos conocer en qué descansa su fuerza. Soy de los que sienten alguna repugnancia por los oradores, excelentes hipnotistas que hablan al público como los fakires indios domestican culebras. Roma comenzó su perdición por los oradores. Indiferentes a la razón, al comedimiento y a la sinceridad, sólo veían su propia sombra actuando en la multitud estremecida: y a tanto se atrevió su narcisismo palabrero que se hacían acompañar de un flautista, a fin de que el ritmo musical les dictase la inflexión de la voz y la postura pedante. Por eso prefiero la verdad, enemiga de velos como la luz, y la sencillez, amiga de lo bello.

España y los nuevos pueblos del continente hispano-americano, tienen problemas afines que resolver. Esta afinidad, que en el plano puramente ideal y teórico, acaso romántico, se basa en el espíritu histórico exclusivamente, con sus predicados de lenguaje y semejanzas psicológicas, se resuelve en una sola ecuación social estrictamente económica, por desgracia cubierta de un espeso follaje lírico: son estas naciones las que han permanecido al margen del dominio imperialista, no tanto por virtudes ingénitas ni desplegadas cuanto por su incapacidad material de acometer empresas de ese género. La crítica poco juiciosa, un tanto folletinesca, exalta el pasado esplendor, la decadencia de la fe en el comunismo espiritual, y algunas otras migas de aspecto fantasista; pero en verdad, la única quimera digna de seguirse en los actuales momentos de predominio, es la reconstrucción económica, la producción de capital y el incremento del trabajo constituido a base de gobierno rígido, emanado de la conciencia pública y de la voluntad general. Para eso es indispensable educar a las masas en el conocimiento de la ley, e imprimirles un impulso hacia la obediencia de las instituciones: que éstas sean conservadoras o avanzadas hacia el radicalismo izquierdo, es secundario puesto que siempre habrá tiempo para reformar; lo esencial es la imposición de la ley a toda costa y la purificación de los elementos de gobierno. En una palabra, debe

comenzarse por educar el excesivo individualismo racial para producir unidad colectivista. Los sistemas patrióticos que tienden a producir exaltaciones por el pasado, no sirven para nada: lo único que prueban es que el hijo llora la grandeza del padre por incapacidad absoluta de igualarlo.

¿Seremos capaces de afrontar semejante problema? Nuestras jóvenes nacionalidades han podido asimilar, en el decurso de un insignificante siglo, todas las ideas humanas, desde el Zend Avesta al *Gobierno Constitucional* de Wilson, desde el sistema del mundo de Copérnico a las excogitaciones de Einstein, todo ello teóricamente al menos; no nos causan sorpresa los movimientos sociales que modifican actualmente el antiguo sentir sociológico ni creemos imposible conseguir la unidad político-espiritual del mundo de habla española: a todo nos atrevemos y todo lo deseamos: preparamos, indudablemente, el porvenir, en tanto que las culturas de hoy, la norteamericana como la europea, están ya en el cenit de su fuerza y de su gloria, sin que les sea posible mantener en su apogeo la línea recta de la vitalidad, puesto que las leyes, como los hombres, se manifiestan en círculos de ascensión y descenso.

Hemos llegado, entonces, al milagro de nuestra debilidad. Carecemos de las fuerzas de hoy, mas nos esperan las potencias de mañana: somos, en una palabra, niños que se preparan, y aunque turbulentos y poco voluntariosos, estamos ciertos de que en el seno de América ha de fundirse la personalidad más pura que verá la especie. No nos será posible extirpar del todo la influencia de las razas nórdicas, pues toda verdadera selección implica una mezcla de todos los factores en una sola expresión; pero es seguro que, si la obra de saneamiento intelectual y moral se lleva a cabo con la mira de salvar el tipo interno de la raza y su brillante lenguaje, nos habremos puesto en condiciones de perpetuación en el porvenir.

Quienes desean conservar, como en las civilizaciones de antaño, tipos y expresiones de cultura inconfundibles, padecen un error gravísimo, incompatible en la actualidad con las manifestaciones de universalismo evidentes: en efecto, todo tiende en nuestros días a universalizar, a generar algo así como una catolicidad social.

Prueba irrefutable de estos primeros éxitos de universalización es la obra argentina: a los espíritus escandalizados, que se ahogan en la gota de agua del minuto histórico, Sarmiento y Alberdi responden con la Argentina actual: ni la unidad política ni social sufrió mengua ni receso algunos con la inmersión del extranjerismo en su patria: antes bien, de aquella hornaza de purificación y de ensanche brotó, como un milagro de púgiles fuerzas, ese carro admirable de riqueza y de cultura que todos contemplamos con creciente afecto. El italiano y el español de ayer se sienten tan argentinos como el gaucho de las pampas, y la república ha obtenido una base material tan

duradera y respetable como la unidad de propósitos que informa su actividad. Cumplida esta primera fórmula de excelente política, de acuerdo con la divisa «gobernar es poblar», el celo principal de los gobiernos de América debería ser la obra educacional, sobre cuya aplicación corren hoy tan encontrados pareceres y distingos.

Todos esos fastuosos éxitos que vemos reflejarse en el industrialismo anglo-sajón actual, toda esa enorme potencia que nos abrumba y reduce a la total dependencia económica, tiene sus raíces en las distribuciones metódicas del trabajo cuanto en la ideología general de aquellos pueblos: la escuela está tan íntima y estrechamente ligada a la vida cotidiana, tan insolutas son las relaciones entre la universidad y la acción social, que el estudiante, al penetrar en la vida, no sufre ese desconcierto del hombre teórico al ponerse en contacto con el fin práctico de sus estudios. En nuestros sistemas de educación abunda todavía el idealismo exagerado, el abstraccionismo metafísico. Aquella definición platónica de que la educación es el medio más apto para alcanzar la belleza, ha producido no pocos contrasentidos: algunos educadores, al propagarla, han caído irremisiblemente en el misticismo, en ese campo de realizaciones espirituales que disuelve la virtud esencial de la belleza: la corporeidad y la naturalidad. Pero ese mismo principio, aplicado por los profesores actuales de los Estados Unidos—influídos de la idea central de Comenius y de Froebel—ha generado una realización práctica y tangible de lo bello común, al extremo de crear una juventud atlética que piensa y acciona y cuyo ambiente se distribuye entre los campos de juego, los gimnasios y las salas de estudio. Este espíritu de unidad en el procedimiento procura que el ideal de los grandes maestros encarne decididamente y se objetive en la vida nacional. ¿Qué hacen todavía los inspiradores del latinismo novelesco? En lugar de afrontar la vida tal como se presenta y mirar hacia el porvenir de nuestros países, pregonan el retorno hacia los antiguos cánones sociales, hacia el predominio y resurrección de las jerarquías políticas que mantuvieron el orden social a sangre y fuego durante siglos. Una de las características de nuestros hombres superiores es el orgullo, un olimpismo intelectual heredado por la sangre y por el estudio: en cuanto creen haber realizado su inteligencia, reaparece el antiguo individualismo aristocrático, insalvable en su desdén satánico por las multitudes que se agitan entre sirtes y marañas. Por oposición, el grande hombre nórdico encuentra su propia realización en el servicio del pueblo: se funde en él y coopera en su desenvolvimiento; la soledad y el reposo le parecen vacíos de sentido y consume su existencia como el pabilo de una lámpara: dando luz. Este y no otro es el secreto de toda democracia bien constituida. La democracia es, como doctrina al menos, lo más viable que el hombre haya podido organizar; ella funde, en su aspiración uni-



taria, las conquistas del mundo griego con el sueño cristiano de la redención por la simpatía y la equidad. Que la pasión de los hombres suba o baje en torno de su concepción ideal no es cosa que afecte al ideal mismo; apenas prueba la incapacidad del hombre para acercarse positivamente a aquello mismo que concibe. El comunismo radical ruso es quizá la hipótesis del sistema democrático y sólo por una confianza absoluta en el futuro puede enunciarse actualmente. Por desgracia, este comunismo ha desterrado de su sistema la unidad moral interna, cuya base descansa en el sentimiento religioso, y así transforma en un frío maquinismo utilitario las relaciones de vida entre los hombres. Todos los sistemas políticos han querido ser un fin en sí mismos; la democracia, algo menos presuntuosa y más de acuerdo con la naturaleza cambiante del individuo, no pretende ser sino un medio para facilitar la realización intelectual de las masas, y como medio que es cumple admirablemente su cometido. Jamás ha sentido el mundo una inquietud parecida a la que se experimenta en nuestros días, y nunca se ha contemplado semejante despertar cívico y moral en las conciencias.

Parece indispensable, pues, una coordinación de principios en vista de las resistencias que debemos presentar a las fuerzas absorbentes del mundo extranjero. O bien nos reducimos a la absoluta y concreta realidad de las cuestiones sociales con miras a propagar el afianzamiento de la soberanía hispano-hispanoamericana, o bien sucumbimos ante los más aptos, ante esa mentalidad anglo-sajona cuyo instinto práctico parece seguir las huellas de la naturaleza, especialmente del árbol, al cual imita en su crecimiento, hundiendo primero sólidas raíces y echando luego sus brotes a la luz como un anhelo de florecimiento. Tal como nosotros estamos hoy, desligados del suelo y con inspiraciones idealistas predominantes, nos será imposible evitar la declinación del espíritu racial y el advenimiento de un dominio extranjero en el Continente.

He aquí, sintéticamente expuestos, los puntos básicos de resistencia continental: primero, creación de una política tendiente a crear espíritu de orden y conocimiento de la ley, y encaminada sobre todo a afectar las nacionalidades de habla española de América en conjunto; segundo, modificación sustancial de los sistemas educativos e intrusión de todos los elementos prácticos que unan y suelden la vida con la escuela; y tercero, depuración del sentimiento religioso, hoy estancado y negativo merced a la influencia del catolicismo medioeval. Este es otro punto de importancia trascendente. Los pueblos, como matrices de creación espiritual, no serán nunca conducidos por la razón sino por el sentimiento; y de ahí proviene la fuerza incontrastable del fenómeno religioso en ellos. Mas, ¿qué ha hecho la Iglesia de este sentimiento? Una costumbre inmóvil, incapaz de renovación alguna, un hábito inveterado de falsa y lánguida contemplación que apaga en el hombre todo sentimiento de lucha. La doctrina de Cristo,

que es para los protestantes una cuestión ética de carácter volitivo, energético, es para el catolicismo actual un problema de contemplación, de especulación, de metafísica. Y así, mientras los pueblos nórdicos aplican la fuerza religiosa a la construcción de una sociedad rica, exageradamente activa y alegre, nosotros tendemos, consciente o inconscientemente, al quietismo intelectual, al marasmo ético. La religión, si ha de ser considerada como causa eficiente de liberación, no debe ni puede estar en pugna con el desarrollo material de las naciones; ha de estimular, por el contrario, la circulación de las savias renovadoras del organismo social. Así lo entendieron todos los grandes reformadores de la educación, como Froebel, Comenio, Fichte, Emerson, etc. La escuela norteamericana de hoy es una expresión altísima de esa ética religiosa. Y los resultados están a la vista del mundo.

Si de algo han de servirnos las lecciones de la historia, volvamos un momento los ojos al mundo Oriental, a la India. Este pueblo poderoso y vetusto, que ha influido sobre todas las civilizaciones, ha sido sometido a la conquista diversas veces, en razón de su descuido total de la cosa pública. Este descuido está en las bases mismas de su doctrina religiosa, emanada de las corrientes védica y budista. La aspiración de las clases directoras se ha cifrado en la más radical pasión metafísica; poseídos del pensamiento de lo eterno, los pueblos como el sacerdocio han caído en una quietud extática que ha reducido considerablemente su visión de las cosas inmediatas; el sentimiento de la patria, que es tan vivo en los pueblos jóvenes, se ha desvanecido casi totalmente, de suerte que no fué difícil al imperialismo inglés posesionarse de aquel suelo sagrado, tan rico de leyendas y recursos naturales. Mahatma Ghandi, el nuevo propulsor del nacionalismo hindú, ha intentado una gigantesca restauración de aquel país, y aunque ha sumado una serie de éxitos notables en sus primeros intentos, la fuente del ardor patriótico está casi extinta en el pueblo, tanto por la carencia de un ideal concreto cuanto porque las líneas étnicas necesarias a toda fuerza nuclear han desaparecido con la mezcla de razas y de principios.

Este ideal concreto, perfectamente definido, sumiso a los dictados de una voluntad muy despierta, es lo que nos falta, y esta ausencia nos puede poner en las circunstancias de la India si una devoción verdadera no educa y disciplina nuestras facultades intelectuales y morales. El dilema se presenta con toda la acritud de una amenaza inminente y categórica: ¿deseamos nuestra supervivencia en el concierto de las naciones? No hay sino un camino, prepararnos por la educación de la voluntad y por el constante sacrificio. ¿Deseamos perpetuar el antiguo sentir latinista, esto es, ser los representantes del ideal quijotesco y metafísico? Pues entonces ¡a ceder el campo a los adaptados, aunque estos adaptados sean a nuestros ojos hordas bárbaras!

Una vez despojados de nuestra soberanía cívica seremos una casta sometida, que pasará por ciudades florecientes su viejo cansancio del mundo, muy semejantes a esos predicadores de Oriente que evangelizan bajo los bambúes de los jardines urbanos, mientras pasan ante sus ojos indiferentes los hermanos esclavizados y miserables.

Henos aquí, pues, colocados en presencia del dilema shakespiriano: ser o no ser, y ante el otro, de d'Annunzio: renovarse o morir. ¿Qué esperamos de nuestros poderes de intuición literaria? ¿Qué de nuestra naturaleza verbosa, de nuestras elocuencias teatrales? ¿Vamos a arreglar el mundo con discursos y la patria con poemas? Bien, muy bien están estos veneros de vida espiritual una vez afianzada la soberanía política; pero, existiendo una labor de construcción práctica y material que llenar, faltándonos la cohesión constitucional y el instinto de resistencia, no debemos cifrar todos nuestros anhelos en la vida contemplativa. ¿De dónde, pues, nos viene todo ese acervo de literatura inmortal sino de la libertad? La Grecia de Platón y de Esquilo, no tuvo por cuna el escudo de las Termópilas y el hacha de Salamina? ¿No fué necesario a Roma templarse en las jornadas de Oriente para adquirir un Cicerón y soportar a un Augusto para obtener un Virgilio? La grandeza moral de los hombres, como de las naciones, surge de su liberación política: sobre ella descansa lo mejor de la dignidad humana; la capacidad para la lucha es siempre un signo de la capacidad para el pensamiento. Hoy, cierto misticismo asegura que estas civilizaciones han sido bárbaras, no sin alguna razón; pero, ¿conoce el hombre otro camino en su desenvolvimiento que el de la lucha, sugerida por el instinto de crecimiento y de perfección? Cristo, que ha sido el Cordero del mundo, nos da la clave de la realización personal: «He venido al mundo para meter espada», dice; y él mismo, para encontrar la gloria absoluta, se entrega a la lucha más áspera y desigual de que haya memoria.

No trato aquí de exclusiones, ni de conquistas por la espada, ni de incrementar odios. Soy de los que piensan que no tenemos nunca más enemigos que nosotros mismos y que en nuestras debilidades descansan los éxitos ajenos. Por eso he señalado al comienzo de este esquema los errores de nuestra naturaleza mental, las zonas negativas de nuestro espíritu y nuestros arraigados prejuicios. Por otra parte, sé y creo que poseemos recursos psíquicos y materiales suficientes, acaso envidiables, para emprender aquella obra colosal que soñó el genio imponderable de Bolívar: la unidad de Hispano-América, y si no hablo de ellos es porque prefiero señalar los errores comunes que exaltar las virtudes generales: siempre es más interesante tratar aquí de lo que se olvida o se ignora que de lo que sabe y recuerda.

He tratado de abrazar, hasta ahora, el aspecto general de las condiciones psicológicas que privan en el Continente respecto de la doctrina ibero-americanista, sin pre-



tender, por supuesto, presentar una tesis concluyente en relación al asunto, demasiado vasto y complicado para que una simple observación pueda materializar las aspiraciones de sus núcleos; ningún hombre puede, por extenso y vigoroso que sea su nombre, hacer otra cosa que sugerir caminos y expurgar el ánimo de los pueblos en beneficio de las ideas; sólo a los hombres de espada, que cada día van siendo más raros, les es dado apresurar por la fuerza la indeclinable lentitud del tiempo y congregar a los pueblos bajo un estandarte y bajo una ley; y aun estos tienen la desventaja de que cuentan sólo con lo fortuito y fundan, por consecuencia, comunidades que se disuelven tan luego como el lazo de su energía se desata en la muerte. Este es el ejemplo de la historia: tal como estamos hechos, de un barro deleznable y de un corazón prejuicioso, sólo nos queda por imperio real sobre la vida el recurso de alimentar el fuego sagrado de la esperanza, inoculando en las generaciones algo de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, a fin de formar un reservorio de ideales y de energías, que, acumuladas por el tiempo, por el examen y la repetición, lleguen a cargarse de la dinámica necesaria para que se concreten en hechos. El hombre de nuestro tiempo, con pocas excepciones, tiene por distintivo la sed de aquellos ideales inmediatos, es decir, de pronta y segura realización; raras veces se ve a grupos escogidos laborar por ideas que necesitan siglos de paciencia y de amor para cristalizar; y sin embargo, los únicos ideales que llegan a ejercer algún dominio visible en el hombre y el mundo, son aquellos que han venido rodando de generación en generación, transmitidos por el libro y las tradiciones, semejantes a aquellas antorchas inextinguibles que los corredores griegos se entregaron de mano en mano desde las almenas de Troya hasta el palacio de Agamenón en Argos.

El ideal ibero-americanista tiene este carácter sagrado; pero sobre él ha caído desde hace tiempo una pesada atmósfera de indiferencia que acaso está en relación con la labor incierta o puramente idealista de sus propugnadores. En vano, por medio de numerosos congresos y ceremonias ha puesto aceite en la tea; cada país de Hispano-América ha seguido su política propia, a menudo díscola, en razón de esos pequeños ideales que significan el control económico del momento y a que he aludido en líneas anteriores. Cuando un gobierno renovador se propone, como en el caso actual de México, desprenderse del pasado en aquello que tiene de negativo, las demás naciones, por influencias extrañas, aprovechan el momento para expresar sus sentimientos contrarios, aunque estas declaraciones traigan a la postre la antipatía gregaria de los demás países; tal acaba de suceder al gobierno actual con motivo de la reforma religiosa de la nación. ¿Es patriótico obstruir la política de las naciones hermanas con sugerencias oportunistas, a sabiendas de que los resultados de una gestión semejante pue-

den traer complicaciones graves al país? Sólo un respeto profundo de las cuestiones locales de cada pueblo puede establecer la tolerancia necesaria al ideal de una unión positiva de la voluntad internacional. Esto entra en el plan de protección de las ideas que se ha propuesto ACCIÓN IBERO-AMERICANA; así lo indican los tratados vigentes entre el continente y España para garantizar el derecho intelectual de los escritores. De 1888 a 1910 se han celebrado entre España y América múltiples tratados comerciales sobre amparo oficial del libro; desde la firma de los Tratados de Montevideo en el 88, se trató extensamente de la propiedad literaria y artística, refundiéndose las disposiciones del Congreso de Berna de 1886, hasta culminar con la Conferencia Panamericana de Washington de 1910, por la cual se precisaron las bases de aquella protección al pensamiento escrito. Todas las naciones de América, con la excepción argentina, celebraron sus tratados respectivos o crearon leyes que, como la llamada Clemenceau del gobierno argentino, de 1910, protegen las relaciones intelectuales entre España y la América Española. Ahora bien, si por un lado se asegura y ampara la producción intelectual y aun los derechos de los editores extranjeros con el objeto de apresurar la cultura hispano-americana, y por otro se ejerce presión en la actividad pública, ¿no se pervierten así los fines del libro mismo? El conocido periodista español Salaverría ha escrito: «El auténtico viajante y propagandista de España, el agente que ha de conquistar las simpatías y los mercados, no es otro que el libro, nuestro libro español. Cuatro libros españoles pueden realizar mejor propaganda que cien activos viajantes de comercio. El libro opera sobre el espíritu y la voluntad, obra sobre la simpatía». Esto prueba que el libro se ha convertido en una potencia dinámica excelente, pero al mismo tiempo peligrosa, y el libro puede ser considerado como un puñal de muchas hojas, con el cual se trastorna y revoluciona el ambiente social propio. Quienes se oponen a que los gobiernos y los pueblos reformen y restauren la sociedad contemporánea, olvidan que el pensamiento bibliográfico está ejerciendo su actividad natural de orientar las inteligencias, destruyendo prácticamente la influencia del pasado y construyendo una norma de conducta más en consonancia con las necesidades del siglo. En España, que tiene actualmente un gobierno dictatorial conservador,\* se editan por centenares de miles las obras demoledoras que contienen el germen de las nuevas doctrinas sociales; sin embargo, nadie acusa a España ni a ningún otro país de estar atentando contra la seguridad de las instituciones religiosas o políticas. El hombre no ha descubierto una fuerza más grande que el libro, ni el océano siquiera; hay quienes pretenden que Jesús, en el milagro de los panes, anunciaba ya la multiplicación de este pan espiritual: el libro. Si los gobiernos conservadores quieren protegerse de esta arma, tienen que comenzar por la condena del libro, sumán-

dose a los imperativos dogmáticos de la Iglesia, pero esto sería destruir la civilización y decapitar el porvenir, como dice el poema huguiano.

Gracias al libro, que es el encanto de los fuertes y el horror de los timoratos, el acercamiento de los espíritus se está realizando, y dando impulso a ideales como los que alimenta ACCIÓN IBERO-AMERICANA. Pero hace falta que las prédicas del libro se infundan en la conducta, informando los actos y las disposiciones del ciudadano, y esto sólo puede hacerlo un magisterio internacional que tenga por apostolado la visión de la raza frente al dominio expansivo de las otras culturas.

Estamos en presencia de la universal reacción de las razas. Mientras Europa ha entrado en el cuarto menguante de su luna y resbala por la pendiente de su declinación moral, Rusia y Oriente comienzan a organizarse. Ya existe positivamente el pan-eslavismo, tan admirablemente denunciado por Mauricio Muret, se siente la actividad del pan-islamismo y en general del pan-orientalismo. Una sacudida, como de zarpa mitológica, extremece al mundo actual: la China y la India han sido incendiadas por la evangelización comunista, y la Persia, el Afghán y el Africa lo mismo que el Japón se preparan a la resistencia racial por los mismos medios adoptados por el imperialismo europeo: ¿hemos de quedar los hispano-americanos ociosos y negativos en este momento decisivo de la historia, sin resolver los problemas que directamente nos competen y personalmente nos atañen? ¿No hacemos gala de estar ligados a la vida por el doble lazo de la sangre y de la lengua y por la comunidad de intereses? Por esto creo de suprema importancia que ACCIÓN IBERO-AMERICANA emprenda una cruzada más directa sobre el individuo, una cruzada de carácter educacional que revele, ante todo, las condiciones existentes del internacionalismo y la psicología del problema político actual, aunque ello pueda lastimar el interés inmediato de algunos gobiernos del Continente, afanados en mantener en el plano puramente literario las aspiraciones raciales del nuevo mundo. Mas, quiéranlo o no, esos gobiernos no podrán impedir que el espíritu de los nuevos tiempos se manifieste, arrollando con los arraigados prejuicios de la política religiosa y dando una expresión inconfundible al tipo americano de habla española. Lo quiere así no sólo el deseo de los hombres, que va y viene, sino la fuerza misma de los hechos espirituales y la enseñanza de la historia, fecunda en demostraciones de este género.

Para terminar, diré dos palabras sobre España. No la llamaré glorioso tronco de nuestra vida, ni solar de nuestros mayores, según fórmula y uso. Me limitaré a expresar lo que pienso, muy individualmente, de ella. Después de infundir su sangre y su espíritu a todo un continente, España se siente joven. Esta longevidad recuerda la del genio, el cual es casi siempre apto para manosear todo un siglo. Por desgracia, in-



fluye en ella todavía el pensamiento exegético de una vieja doctrina, poco adaptable a nuestro siglo. Su cultura, con las excepciones de sus grupos renovadores, es aun una especie de primor medioeval: se reduce muchas veces a una cuestión de memotecnia maquinal, y carece de ese ardor evangélico que se embriaga en la prédica constante. A las ideas les sucede a veces, según dice Guyau, que se duermen en marcha, como los soldados de César; mas llega un día, el día de la gran batalla, en que despiertan de golpe, como explosivos, e iluminan todo el horizonte.

Para el logro de una unificación de verdad, me parece indispensable que la relación de estos pueblos con España sea realmente mutua y la influencia correlativa. Si he de ser sincero, creo que a pesar de nuestra mocedad podría aprender algo de nosotros, aunque fuera el vicio de las revoluciones. Esto tiene el mérito de agitar el ambiente y desperezar las energías. Las revoluciones son como los terremotos: una calamidad natural de aspecto negativo: destruyen solamente; pero tienen la ventaja de que remueven la tierra y echan por el suelo los materiales inservibles. Un pícaro de mi país creía sinceramente en la bondad de los incendios; según él, los más bellos edificios reemplazaban a los viejos casones, y la ciudad ganaba en aspecto y en circulación de moneda fuerte. Si este inmoral apoteagma se traslada a lo impersonal de un ardor patriótico, se hace valedero. Cualquier gran libro, cualquier gran hecho, son, al propio tiempo que revelaciones, revoluciones. La paz a todo trance es una fórmula de la cobardía, y no hay nada menos interesante para un corazón generoso que vivir en Arcadia. Este principio, que por su barbarie parece indio, es, en realidad, muy español: es cervantino. Don Quijote abandona la paz solariega y se echa al mundo, para dar cintarazos contra el medio. No puede decirse que respeta las instituciones: las tolera, pero inicia en la agonía del mundo medioeval una nueva caballería del Pensamiento, francamente revolucionaria, basada en la equidad de principios y en el amor humano. España, compendiada por Cervantes en su evangelio quijotesco de la acción desinteresada, es revolucionaria; pero hay en ella todavía una casta de hombres que dirige la unidad política y que trabaja arduamente en demostrar la locura del héroe cervantino, con el objeto de apartar al pueblo de esta visión de la sociedad depurada de vividores y traficantes. Ábrase el Quijote con veneradoras manos, y construya el lector un paralelo entre su vida milagrosa y la existencia atormentada y áspera de Pablo, y se verá que el mismo ardor profético cunde en una y otra, la misma sed de justicia y armonía humanas, los mismos desvelos y quebrantos y glorias: los dos preparan la disolución del Estado Imperial, del régimen de la fuerza y de las leyes exclusivistas.

De esta mutua influencia de que hablaba, se obtendría una mejor comprensión de las necesidades comunes y de los sueños del

porvenir; y es, después de todo, el único puente de tránsito feliz que podemos tender sobre el mar. El alejamiento actual, que por fortuna parece ir reduciéndose, no es tanto físico como mental: si no se establecen corrientes de identidad muy prácticas y definidas, si no se procede a la disciplina de éstos y de aquel pueblo por medio de una interpretación renovadora de las ideas de educación y de religión, los discursos y ceremonias de estilo en esta clase de racialismos no harán más que aumentar en un

acto la tradicional comedia del latinismo contemporáneo. Es, con valor y justicia, lo que tenía por decir, y ya lo he dicho.

RAFAEL CARDONA

México, D. F.,  
agosto 11 de 1926.

Agradeciéndole la acogida que le dé a ese ligero ensayo, que dedico por su medio a BLANCO FOMBONA y TORRES RIOSECO,...

RAFAEL CARDONA

Querétaro, 72.  
México, D. F. México

(Fragmento de carta)

## La pena de muerte en Italia

ITALIA había hecho desaparecer de su régimen jurídico la pena de muerte como un homenaje a las nuevas doctrinas de filosofía penal. Con esto había dado un admirable ejemplo de humanidad. No ha prosperado el ejemplo del todo, pero se ha progresado en el sentido de aplicarla con ciertos escrúpulos y sólo para delitos de los más graves y cuando las circunstancias la han impuesto necesariamente. Es decir, había una esperanza de que algún día hubiera desaparecido de todos los códigos penales de la tierra. El temperamento de los últimos días de una intensa lucha entre los diversos intereses contradictorios de las sociedades, ha derrotado muchas de estas generosas conquistas de la razón y del espíritu: hay peligro de que desaparezcan instituciones o que se desacrediten: hay peligro de que desaparezcan ideas y conceptos que ya no se ajustan a la severidad de la vida presente. La vida presente es de combate. La espada de la discordia está en la mano de todos los hombres. El tipo del hombre moderno no es el del ciudadano que en las asambleas democráticas resuelve los problemas nacionales con discursos o peroratas, sino el del general macedónico que corta las dificultades con la espada. Una de esas dificultades para Italia, y de todos aquellos países que han asumido las formas extremas del gobierno fuerte, es la de evitar el crimen político. Los atentados contra el dictador italiano han sido innumerables. Han prosperado esos atentados a la sombra de una benévola institución penal que ha excluido la pena de muerte. El regicida o el tiranicida se sienten amparados por este respeto a la vida del criminal. La necesidad de conservar la vida del gobernante y de fortalecer, en éste, el principio de autoridad, cuya majestad parece haberse perdido, es lo que ha obligado al gobernante a levantar el cadalso al lado del trono. Italia, que ha ofrecido al mundo el espectáculo de un trono eximio, con un rey moderno, modesto como lo puede ser en su rango un monarca, humano y justiciero, y con una reina que ha iluminado el trono con su belleza admirable, vuelve a ver de nuevo extenderse sobre la majestad de ese trono, la sombra del patíbulo, nada más que para servir a un pretexto. Porque antes de ahora, vivieron tranquilos los reyes.

La muerte no era su tormento ni su preocupación. Sin ese miedo a la muerte, ellos han hecho una Italia grande y poderosa, esclarecida y fuerte. Una Italia magnífica en la cual, el dictador improvisado por la soberbia o la simple vanidad de mando, ha hallado escenario suntuoso para su ambición. Porque él no ha hecho esta Italia soberana de la victoria y de la nueva cultura mediterránea. Si los reves tienen derecho a una gloria legítima, esa gloria de una nueva Italia dominadora y sabia, pertenece a la casa reinante.

Por salvar la persona del dictador, Italia acaba de herir una tradición humanitaria, ésta del respeto a la vida del hombre, y ha vuelto a poner en manos del Estado el instrumento del suplicio, precisamente lo que hace del Estado una cosa sombría y horrenda, porque lo convierte en un gran despotismo, feroz como todo despotismo, que mata por miedo o por debilidad.

RÓMULO TOVAR

San José, Costa Rica,

## LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez. Pasaje Al lado de la Botica Oriental  
Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

## Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443



# Página lírica

## de María Monvel

=Del tomo LI de *Las mejores poesías (Líricas) de los mejores poetas*. Editorial CERVANTES. Barcelona.=

### Elogio de María Monvel

La mejor poetisa de Chile, pero más que eso: una de las grandes poetisas de nuestra América, próxima a Alfonsina Storni por la riqueza del temperamento, a Juana por la espontaneidad.

Empecé por admirarla y he acabado por quererla. Me vino su estimación de aquella clara honradez artística suya. Verso fácil que rebalsa la copa llena de sentimiento, fácil por la plenitud. No se inventa nunca el sentimiento (cosa tan común entre las mujeres). Expresión nítida, a causa de la misma verdad del motivo. Ninguna dureza; su estrofa posee lo dichoso de los verdes canales chilenos. En María Monvel la tortura se halla en el espíritu, pero el verbo no conoce confusión ni torcedura desgraciada. Dije que su temperamento era rico como el de Alfonsina. Sí, todos los motivos humanos: la tierra, *el paisaje*, el amor, la coquetería también, la maternidad, el juego. Parece en ocasiones una mujer madura y a veces se la mira jugar como un niño con los asuntos frívolos. En verdad, tiene la madurez, porque la vida le fué anticipada en dolor; pero no tiene mi envenenamiento por la amargura. Ha vigilado su corazón, ha sacado sus ojos a tiempo del subterráneo con grasos murciélagos de la tristeza, para llevarlos a la pradera verde, al aire feliz. A tiempo también llegó a salvarla el compañero, y ahora camina por una playa dorada con la cara dichosa contra el viento. Llena de elegancia interior, la elegancia que viene de la flexibilidad del espíritu. Exenta de hieratismo. Lejos del Escriba y de la Isis egipcia, para bien de su estrofa viva.

No es mística, pero es religiosa. Acepta la fe como una musa entre las otras que la visitan.

Es menos conocida de lo que merece; está repito, entre las grandes manejadoras felices del verso castellano. Divulgarla es como añadir una colina suave al paisaje de la lengua; sumar un fino acento al habla querida. En América los mejores la han celebrado; en España la celebrarán los mejores también.

Dije que empecé estimándola y he acabado queriéndola: tiene una vida de pasado doloroso que me ha hecho mirarla como a las ceras fundidas y acariciarla con mano piadosa. (La piedad que es amor, que no hay otra piedad verdadera.)

Ahora ella vive el dorado medio-día de la dicha; ahora su verso puede tener el vuelo fácil y extendido de la gaviota chilena, del ave de seda y de sal.

Donosa y fresca mujer joven, dueña de una poesía hecha a su semejanza, alabémosla, démosle admirativa amistad, cabal elogio. Es de nuestra raza.

GABRIELA MISTRAL

### En el frío de tu sonrisa

En el frío de tu sonrisa  
no quedaba ningún resplandor...  
¡Aun la carne se me eriza  
cuando pienso en aquel amor!

Veinte años apenas los míos,  
¡pudiste haberme dado el ser!  
Tú eras crepúsculo sombrío  
¡y yo era un claro amanecer!

En ti no había ya memoria  
de la pasada juventud.  
Tu último sueño era la gloria  
para después del ataúd.

La nieve a blanquear comenzaba  
en tu sien. ¿Por eso te amé?...  
Y una larga arruga surcaba  
las frías manos que adoré.

Llegué yo—mariposa loca—  
¿Qué había en ti, qué había en ti  
que se prendieron en tu boca  
mis labios frescos de rubí?

¿Con quién hiciste pacto, viejo,  
que te adoró mi juventud  
y aun te añoro con un dejo  
de inmensa y triste laxitud?

¿Con quién hiciste pacto para  
que nunca te olvidara bien  
y aun soñara, aun soñara  
en tu infierno desde mi edén?

Tú no eres nada. Es el recuerdo  
¡él es el que no muere en mí  
y es cuando en mí misma me pierdo  
cuando estoy más cerca de ti!

Cerca de las dos manos finas  
que el trabajo ni el sol doró  
y que me llenaron de espinas  
el inocente corazón...

Tú no me importas. Te hallo viejo.  
Te ví hoy pasar y me reí.  
¡Ni una huella queda, ni un dejo  
del amor por que padecí!

Pero el Chopín que amabas tanto,  
culpable de esta evocación,  
hoy me tiene ciega de llanto  
viviendo la misma pasión.

¡Cómo odio con amor inmenso  
el recuerdo que vive en mí,  
y sobre todo cuando pienso  
en la juventud que te di!

### El iba distraidamente...

El iba distraidamente,  
así también yo.  
De entre sus ojos pardos, moneda reluciente,  
una mirada me arrojó.

Debí cogerla distraidamente  
así, sin emoción,  
pero, después, vaga y distintamente  
subió congoja hasta mi corazón.

El se marchó ¡qué distraidamente!  
pero antes me besó.  
Su beso, sello rojo, en medio de mi frente  
¡quedó, quedó!

La vida distraidamente  
para mí giró...

### Te vas

Te vas.  
Esta vez no he logrado  
hacerme amar.

Te vas.  
Con tu antorcha de cabellos rubios  
te vas...

Te vas.  
En un largo camino  
dormido en los brazos del mar.

Te vas,  
y me llevas contigo  
sin saber, sin querer... ¡por fatalidad!

Te vas...  
Mis labios se quedan inertes  
de mi deseo de besar.

Te vas.  
No aprendió en ti mi espíritu  
más que el dolor de amar.

Te vas.  
No logré asirte.  
Tendí mis brazos sin lograr...

Te vas.  
Mi espíritu incauto  
se arrojó en vano en tu profundidad.

Tus olas le agitaron,  
pero es océano insondable  
tu mar...

Te vas.  
De rodillas me quedo  
y rezo, aunque no sé rezar,  
por la boca que no fué mía,  
por la imposibilidad eterna,  
por mi perpetuo sollozar.

Te vas.  
Yo no hago ningún ruido.  
Estoy pálida, quieta,  
aguardando el instante... no más.

¡Te vas!  
¡Quién pudiera prenderse en tus ojos  
como un horizonte de eternidad!



¡Quién pudiera seguirte en el barro  
al que vuelves espíritu, luz y verdad!

Te vas...

Mujer, en desesperado sollozo  
digo de mi debilidad.

Te vas...

¡Maldigo la gracia doliente  
que no consiguió hacerme amar!

Te vas...

### Cabellera rubia...

Cabellera rubia,  
color de oro y azafrán.  
Ojos ingenuos,  
claros ojos ingenuos de ingenuo estudiante  
[alemán]

Ademanos breves,  
palabra que se traba al hablar.  
En su mirada pura  
que se extiende como un velo cuando quiere  
[mirar,

hay la dulzura de pliegues de seda extendidos.  
¡Y hace palidecer su mirar!  
Sus cabellos rubios  
tientan por lo infantiles a la caricia maternal  
y mis manos la intentan  
pero se paraliza su afán.  
Su palabra es sencilla,  
pueril en su dificultad,  
y cuando quiero responderle  
no obedecen mis labios jamás.  
Tiembla mi espíritu a su lado. Me ciega  
[como el sol,

¡no lo puedo mirar!  
Mi corazón se nubla todo  
cuando en el suyo intenta escrutar  
y veo aparecer en su mirada  
los fantasmas del más allá.  
Me pierdo en su Universo, y, pequeña, ruedo  
a sus pies, para no levantar,  
y aunque tienda la mano para alzarme  
no lo lograré  
¡y he de quedar con la frente en el polvo,  
hundida en el polvo la faz!

### Niños

Los niños se agrupan en mi derredor.  
Cuentos y más cuentos piden incansables.  
Las niñas prefieren los cuentos de amor  
y los niños otros cuentos más amables,  
y gustan así, de guerras y viajes,  
de astucia, de ingenio y de oro escondido.  
Eas niñas exigen descripción de trajes,  
los niños que el ogro resulte vencido.  
Para conseguir cuentos de mi boca  
una pequeña me ruega en voz queda,  
otro, con sus labios, mis dos manos toca,  
y otra, hecha un ovillo, a mis plantas rueda.  
Una, regalona, se trepa en mi halda  
y la más mimosa, acariciadora  
con sus besos puros mi mejilla escalda  
insinuante ya y tentadora.  
«¡Quiero un cuento nuevo!» el mayor me grita.  
«Yo, *Caperucita*» dice una adorable,  
y otra, dulce, agrega su piedad amable:  
«No, porque se comen a *Caperucita*...»  
Los niños me dan olvido y encanto

y yo, en cambio, a ellos, mala fantasía  
que hace de mis cuentos cátedra de llanto  
con su inculcar lento de melancolía.

### Un cuartito de hotel...

Un cuartito de hotel lindo y desconocido:  
horizontes azules, focos esmerilados  
en donde entramos juntos, absortos y turbados  
por el fiero imposible que habíamos vencido.  
Él me besó en la boca. Yo le entregué rendido  
el cuerpo frágil dulce, de niño extenuado...  
¡Oh, reposo increíble después de lo pasado!  
¡Oh, delicia inefable después de lo sufrido!  
...Yo no sentí rubor de mi carne desnuda.  
Me ahogaba la dicha como una mano ruda  
y el cristal de mis ojos se enturbiaba de llanto,  
mientras él, de rodillas, con sus besos furtivos,  
abrasaba el marfil de mis pies sensitivos  
con la fiebre ardorosa de su boca de santo.

### Niño

Pedacito de carne rubia  
con hebras de sol en el rostro.  
Carrillos sonrosados como frutas,  
pequeños pies inútiles que adoro,  
cuerpecito encendido de besos,  
manecitas con menudos hoyos,  
átomo azul caído entre mis manos  
y que bebo a besos sonoros.  
Maravilla otorgada a mi vida,  
única que colma mi asombro.  
Niño que crece entre mis brazos  
como un astro frente a mi rostro.  
¡No sabía que hubiera en mis entrañas  
sol, resplandor y oro!

### Mi pensar inocente...

Mi pensar inocente se había  
aquilatado como agua de un lago.  
¡Y una sola palabra debía  
producir en las aguas estrago!  
Mi virtud se dobló estremecida,  
mis silencios quedaron llorando...  
Como copa de un árbol, mecida  
de ancho viento, he quedado temblando.  
¡La palabra del nombre de un hombre  
me estrechó como fiera en sus brazos!  
Desatado huracán el tu nombre,  
¡cómo ha roto mi olvido en pedazos!

### Encerrado en...

Encerrado en mi frágil pecho  
mi corazón palpita cansado...  
Yo estoy sumergida en mi lecho  
para evocar mejor el pasado.  
No te he visto ni te he sentido,  
pero llenas todo mi ambiente:  
percibe tu acento mi oído,  
mi corazón andar te siente.  
No sé qué suelo estás pisando,  
ni cuál aire estás respirando,  
ni qué amor te tiene obsedido.  
Pero mi pasión imbécil y terca,  
te siente cerca, cerca, cerca,  
¡Pese al espacio y al olvido!

## Armando Zegri se refiere a *Recogimiento*

New York, 14, setiembre, 1926.

Sr. Rogelio Sotela

San José de C. R.

Estimado amigo:

Hace varias semanas que recibí y leí su libro. No le escribí antes, con mayor oportunidad, debido a que cuando su obra llegó a mis manos estaba yo convaleciendo, en la cama de un hospital, de una severa operación de apendicitis.

Su libro me ha entusiasmado. Usted reivindica al trópico. Quiero decir que por la espontaneidad, por la transparencia, por la falta de oropeles el estilo de su obra merece los mayores elogios. Gran parte de la literatura ibero-americana de las «tierras solares» se caracteriza por una continua exaltación pseudo-lírica y exceso de palabras vanas. Todavía no hemos dejado de ser del todo indígenas y se nos ocurre que para que una nariz humana sea bella hay necesariamente que colgarle una argolla. Me gustaría analizar su obra, o más bien comentarla o glosarla en una forma más extensa; pero ahora le escribo a la carrera y en desorden. Quisiera también hablarle sobre algunos detalles de su libro porque hay reflexiones, maneras de ver las cosas, manera de explicar ciertos fenómenos y modos de expresión que revelan una personalidad firme; personalidad que para mí era casi desconocida.

Le agradezco su libro y le ruego que no deje de mandarme otros. Créame que opino con sinceridad que a América le hace falta gente que escriba con la sencillez que usted escribe, que piense con la originalidad con que usted piensa, con la misma falta de aparato y sobre todo que ponga en lo que escriba la misma transparencia, sinceridad y profundidad que hacen tan agradables y valiosos sus escritos.

Lo saluda muy cordialmente,

ARMANDO ZEGRI

Consulado de CHILE.  
New York, City.

### UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

### UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.  
París XVIII  
Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.